

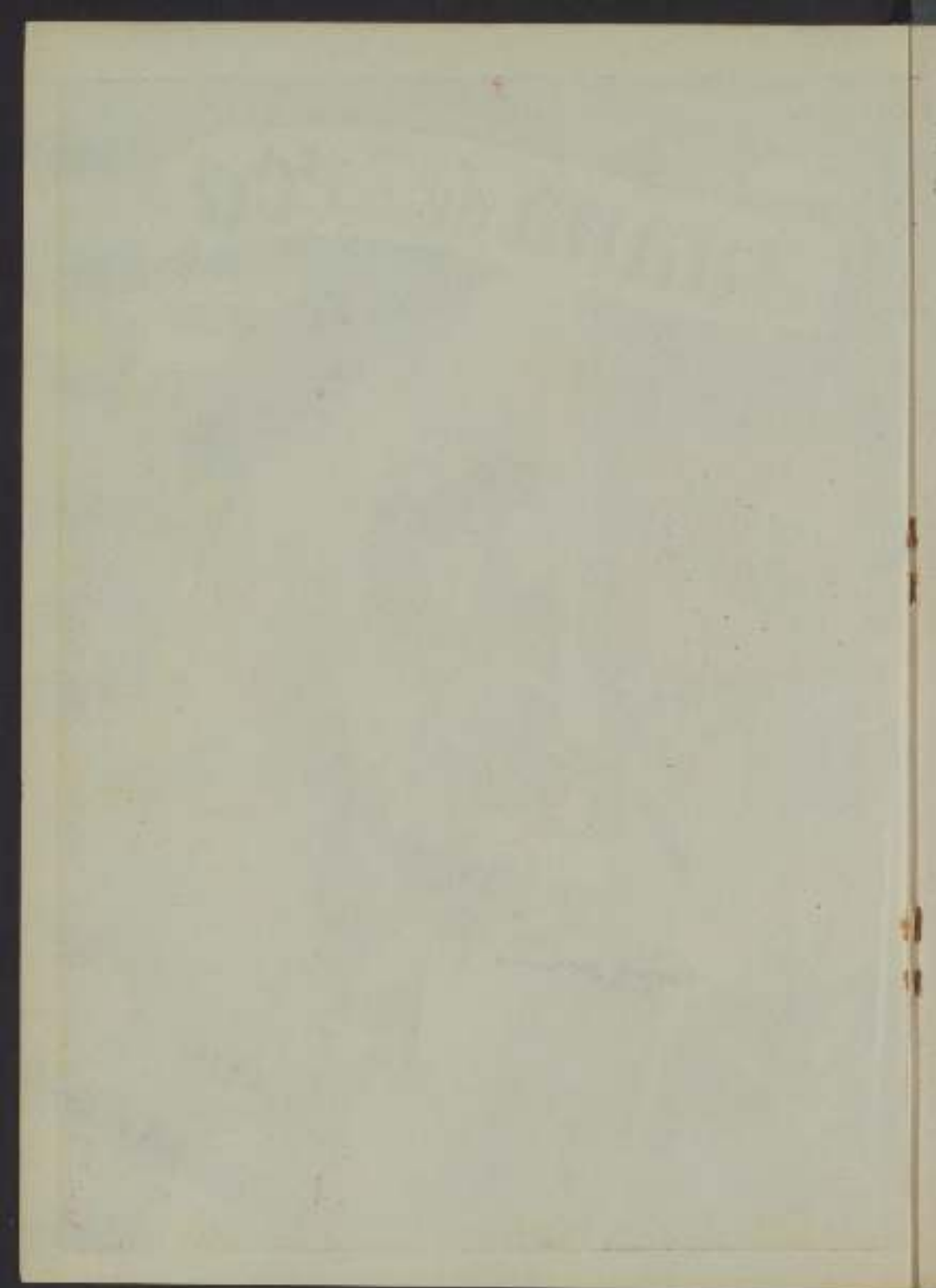
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Serie especial.

Avana de Arco

Ingrid
BERGMAN







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 214 - Teléfono 70637
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Apartado 707 - BARCELONA - Teléfono 70637
Valencia, 224 - Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbér, 16, Barcelona - Toranzo, 4, Madrid

EDITORIAL

ALAS

▼ ▼ ▼

AÑO XXVI

SERIE ESPECIAL

NUM. 397

NUM. 148

JUANA DE ARCO

La figura gloriosa de Juana de Arco, la Doncella de Orleans, que aparece ahora en la pantalla, en una versión modernísima, realizada por los nombres más acreditados con que cuenta Hollywood, ha despertado, como era de esperar, gran expectación entre los entusiastas del cine y, además, de aquellos que por tratarse de un personaje histórico al que han llevado a la escena actrices de la fama de Sarah Bernhardt, Sybil Thorndike, Maude Adams y otras no menos célebres, sienten curiosidad por ver la creación que Ingrid Bergman hace del personaje. Como dato interesante se recuerda que en 1812, cuando Napoleón guerreaba a las puertas de Moscú, una gran artista francesa, Mlle. Riviére, presentaba por primera vez en las tablas a la Doncella de Orleans.

Cuando George Bernard Shaw escribió su «Santa Juana», fueron muchas las actrices que sintieron entusiasmo por el per-

Producción RADIO PICTURES (R K O)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
La Coruña
Portugal



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - Barcelona

sonaje, la obra y su autor, y entre las que la interpretaron se encuentran Margarita Xirgu, Winifred Lenihan, Elizabeth Bergner y Luisa Rainer.

En el cine, fue la cantante de ópera Geraldine Farrar quien, en 1917, realizó «Juana, la mujer», film en el que aparecía Wallace Reid, y en 1929 Francia presentó su versión «La pasión de Juana de Arco» por la actriz francesa Falconetti. Luisa Rainer en 1940 ofreció su interpretación de «Santa Juana», y en la misma obra la superó Katherine Cornell. La más reciente que se ha visto en Nueva York ha sido la de Vera Zorina, bailarina que representó «Jeanne d'Arc au Bûcher» del compositor suizo Arthur Honegger y como remate a todos los nombres de actrices ilustres llega «Juana de Arco» al cine, otra vez, con Ingrid Bergman.

El director Víctor Fleming y el productor Walter Wanger, han sido los que han convertido en realidad cinematográfica una de las ilusiones más grandes de la vida de Ingrid Bergman: encarnar a Juana de Arco en la pantalla y aquella ilusión de la época en que ya sabía que sería actriz, es ya un hecho, porque la película «Juana de Arco» recorre triunfalmente todas las pantallas del mundo, pero es en Europa donde el éxito es absoluto porque el público conoce bien y admira al personaje.

El drama apasionante de la joven iluminada por la claridad que provenía del cielo y que ha permanecido vivo en el recuerdo de todas las generaciones hasta 1430 desde nuestros días, cobra todo su vigor en lienzo de plata, donde Víctor Fleming y el productor Walter Wanger consiguen, gracias al talento artístico de Ingrid Bergman, un documento artístico que bien puede calificarse de único, porque como film histórico no se ha presentado nada mejor en la pantalla.

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Juana de Arco</i>	Ingrid Bergman
<i>El Delfín, Carlos VII.</i> . .	José Ferrer
<i>El obispo de Beauvais</i> . .	Francis L. Sullivan
<i>Juan de Luxemburgo</i> . . .	J. Carrol Naish
<i>La Hire.</i>	Ward Bond
<i>El padre Massieu</i>	Shepperd Strudwick

Director:

Víctor Fleming

Narración literaria:

Juan Planas

AMANECIA

La aldea parecía dormir todavía; las estrellas ya no eran más que diminutas chispas que desaparecían una a una a medida que la luz matutina mandaba sus fulgores, que rápidamente disolvían la ligera neblina que cubría el paisaje. Las campanas tocaban, esparcían la alegría, y la curiosidad atraía hasta la iglesia, en cuyo altar brillaban las luces porque se celebraba un gran acontecimiento.

... y ha sido por disposición de la Divina Providencia y su misericordia que Juana, hija de Dios, hija de Francia, pueda en este día encontrarse entre los Santos. Santa Juana de Arco, cuya historia se relatará, sólo vivió diecinueve años en esta tierra. Nació en 1412, en la aldea de Domremy, en la Lorena, en la época en que Francia estaba perdiendo la guerra de los Cien Años, cuando se hallaba pisoteada por sus enemigos, con sus villas en ruinas, sus haciendas saqueadas y el pueblo desesperado; pero los enemigos de Francia no contaban con una niña, aquella Juana que se pasaba horas rezando en la iglesia de su aldea, cuyas paredes apenas se sostenían. Allí permanecía ella arrodillada y las dulces voces de los Santos le hablaban, la animaban para que se uniera al ejército y condujera a los soldados de Francia a la victoria para coronar al Delfín en Reims... Le pedían cosas que eran imposibles, e insistían una y otra vez.

* * *

La iglesia donde Juana rezaba con los ojos levantados hacia el cielo era casi un montón de ruinas; pero ella no reparaba en eso.

—¡Señor, Señor... tened piedad del reino de Francia!

—¡Jeannette! ¡Jeannette!—se oyó gritar a un hombre.

Esta voz la hizo volver en sí y, persignándose, salió de la capilla.

—Jeannette, ha llegado tu tío Durand y se quedará a almorzar. Ocupate de ello.

Juana contestó con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Qué te ocurre, muchacha? ¿Cómo es que siempre estás sola y no escuchas a nadie? Siempre parece que estás soñando. Está muy bien que te guste ir a la iglesia, a pesar de lo destrozada que está; pero hay que pensar también en otras cosas. Me miras, sin verme; te olvidas de tus amigos, y estás siempre concentrada en ti misma.... Esto no puede ser bueno. Te has vuelto extraña, Jeannette, y no sé qué pensar de ti.

Juana escuchaba sumisa la reprimenda de su padre, sonriente primero y luego con la cabeza gacha y triste.

—No sé qué pensar de ti. ¡Corre a preparar el almuerzo!

La joven se puso en camino hacia su casa y el padre quedó observándola hasta que desapareció por la puerta.

Juana se había apresurado para prepararlo todo, y poco rato después, sentados alrededor de la mesa, estaban el padre de Juana, sus dos hermanos, Isabel y el tío Durand Laxart, que comía ávidamente mientras los demás le observaban, pendientes de lo que tenía que contarles. Cuando su apetito empezó a colmarse, dijo:

—Desde donde yo estaba escondido, los podía ver perfectamente cómo robaban, incendiaban y asesinaban. Quemaban todo cuanto les venía al paso.

—Pero, tío—preguntó Pierre—, ¿eran soldados ingleses o de Borgoña?

—De Borgoña, unos sesenta, montados y armados.

—Ingleses o de Borgoña—exclamó el viejo Arco—, lo mismo da; todos dejan la misma huella.

Mientras los hombres hablaban de la guerra, Juana permanecía silenciosa; escuchando y abstraída, la vista fija sobre la mesa. Se levantó para retirar los platos, y los que todavía permanecían sentados siguieron su indignada conversación.

—No puedo comprender cómo los soldados de Borgoña—exclamó Durant—, franceses contra franceses, matándose.

Juana, en pie, se situó detrás de su padre y de su tío para escuchar.

—¡Están engañando a su pueblo!—dijo Durant.

Los hombres abandonaron la mesa, pero siguieron su charla. Juana retiró todos los platos, que lavó después de haber echado al fuego los residuos que había en ellos, y, terminado este trabajo, se sentó ante el fuego del hogar, desde donde podía oír muy bien lo que hablaban los hombres.

—¡Ah, Durant, no son solamente los de Borgoña los que nos traicionan!—dijo el viejo De Arco—. Nuestro último rey nos prometió a los ingleses antes de morir... la reina madre nos vendió al oro inglés. Nuestros nobles están luchando unos contra otros, y el joven Carlos, nuestro rey, nuestro príncipe coronado, nuestro Delfín, o lo que queráis llamarle, es demasiado débil para imponerse y demasiado pobre para pagar sus deudas.

—Vi a Ribeau en el mercado. Ha perdido un brazo luchando en Orleans.

—¡Pobre Ribeau!—exclamó Isabel, que había permanecido silenciosa todo el rato.

—¿Podrán tomar Orleans?—preguntó el padre.

—Lo tomarán—contestó decidido Durant—. Han sitiado nuestra gran ciudad, la última, y el pueblo ha quedado encerrado dentro, hambriento y desesperado. No pueden confiar en nada y no podrán resistir mucho.

—Pues si cae Orleans, esto será el fin de Francia—dijo el viejo De Arco.

—Bueno, yo me marchó; quiero llegar a casa antes de que

mi mujer se entere de los saqueos—dijo Durand levantándose.

—Muchachos, coged las guadañas y las horquillas, que vamos a salir al campo—ordenó el padre.

Y mirando a Juana severamente, añadió:

—Y tú procura estar ocupada, con la cabeza en el trabajo.

—Adiós, Isabel, y muchas gracias. Adiós, Jeannette—dijo Durand despidiéndose cordialmente.

Quedaron solas Juana e Isabel, y ésta habló.

—No lo tomes a mal, Juana; ya sabemos que eres una buena muchacha. Pero es que ha tenido un sueño en el que tú...

—¿Un sueño?—preguntó Juana interesándose y deteniéndose en la labor de secar unas cucharas.

—Sí, hija mía—dijo Isabel—, durante el cual vió que tú marchabas con unos soldados, con un ejército. Primero creyó que te habían raptado; pero luego le pareció que habías ido por tu propia voluntad.

Juana quedó pensativa al oír las palabras de su madre. Esta continuó guardando la vajilla, sin decir nada más.

—¿Mi padre soñó que yo había marchado con un ejército?

—Y no es la primera vez que tiene semejante sueño.

Pierre, hermano de Juana, entró en la habitación a tiempo para oír las palabras de su madre.

—También nos dijo a Jean y a mí que antes de que ocurriera una cosa semejante, te ahogaría en el río Meuse... y que si él no estaba aquí, que lo hiciéramos nosotros.

—¡Pierre, no hables así!—interpuso la madre, mientras entregaba un cubo a Juana para que fuese a buscar agua.

La doncella cogió el cubo sumisamente, descolgó una toquilleta de un gancho, se la puso y, dirigiéndose hacia la puerta, recogió otro cubo y salió de la casa. Con paso seguro se encaminó hacia el arroyuelo; dejó los cubos, miró el agua cómo se destilaba y, tomando una decisión rápida, emprendió una carrera por un atajo a la derecha del arroyo, que la condujo a una capillita. Arrodillada ante la imagen con los ojos elevados hacia el cielo, se puso a llorar.

—¡Oh Señor! ¡Tened piedad de mí y ayudadme en estos

apuros! Hace más de cuatro años que oí aquellas voces en el huerto de mi padre. Una y otra vez, vuestros Santos me dicen que debo marcharme, ¿pero cómo? ¿Cómo puedo salvar a Francia? ¿Cómo puedo contribuir a que coronen al Delfín? No soy más que una pobre campesina, jamás he visto a un rey ni un ejército. No puedo hablar con grandes personajes... Durante todo este tiempo he intentado hacer algo: pero no encuentro la manera de empezar. Yo sé que cada día que pasa perdemos un poco más de nuestra Francia, y a pesar de ello, no sé cómo llevar a cabo lo que se me pide... pasan los días y no hago nada. ¡Perdonadme, Señor... me encuentro sola y angustiada!

Juana apoyó la cabeza sobre el altar y luego se puso en pie.

—No podré escuchar una voz del cielo que me diga que me perdona. He intentado obedecer por todos los medios, con toda mi alma, con cuanta fe...

De repente pareció que aquella languidez y desespero la abandonaban, y se sentía fuerte. Ya no suplicaba; hablaba con voz firme.

—Entonces debo marchar y hacer lo que pueda, aunque no sepa cómo.

Salió Juana al camino y permaneció quieta junto a la capillita. Por allí venía su tío Durand Laxart con su carrito.

—¡Tío Durand! ¡Tío Durand!—gritó Juana hasta obligarle a detenerse.

—¡Oh, Jeannette! ¿Es que has olvidado alguna cosa?

—No, tío; no se trata más que he de ir a Vaucouleurs, y debes llevarme contigo.

—¿A Vaucouleurs? Tu padre no me dijo una palabra de eso y tu madre tampoco.

—No; ya lo sé.

—Pues es muy raro, Jeannette, ¿Es que quieres comprar algo en la ciudad?

—Tengo que hablar con el señor Baudricourt.

—¿Sobre qué asunto?—interrogó tío Durand con sorna.—
¿Por qué has de hablar con un capitán del rey?

—Tío, no puedo explicártelo—respondió Juana en un tono que no dejó de sorprender a su tío.

—Pues... no puedo llevarte.

La mirada de Juana era resuelta, y envolviéndose con la toquilla, dijo:

—Entonces iré andando, aunque deje los pies en esta empresa.

Y sin detenerse para oír lo que pudiera contestar su tío, se puso en marcha.

Siguió Juana el mismo camino que debía recorrer el carrito, y su tío la siguió unos momentos, admirándole la decisión que estaba demostrando su sobrina. Tocó un poco al caballo con el látigo, y fácilmente alcanzó a Juana.

—Es posible que obre mal; pero sube al carro.

Juana no se hizo rogar, y después de un buen recorrido por montes y valles, llegaron a la villa de Valcouleurs, donde podría encontrar a las autoridades y soldados del rey, que estaban ocupados haciendo justicia y reclamando las contribuciones.

Instalados en un viejo caserón iban desfilando ante el señor de Baudricourt todos aquellos que tenían alguna reclamación a hacer o una disculpa que ofrecer. El señor de Baudricourt estaba sentado, a la derecha tenía al señor De Metz y a la izquierda al De Poulegni. Un escribiente anotaba lo que convenía, y en pie, detrás de éste, se hallaba Niseau.

—¿Otro caso?—preguntó el señor De Baudricourt.

—Girard Niseau, señor—dijo el escribiente.

—Niseau—exclamó Baudricourt—, estás atrasado en el pago de rentas.

—¡Señor! Han incendiado mi casa, han saqueado mi granero...

—Bueno, bueno, que se le conceda prórroga hasta la próxima cosecha.

—Gracias, señor, gracias—dijo el pobre Niseau mientras se retiraba haciendo reverencias.

Durand Laxart era el caso siguiente y Juana se presentó a su lado. El señor De Baudricourt conocía al viejo mensajero.

—Durand Laxart, ¿por qué te presentas? Todavía no han vencido las rentas de tu pueblo.

—Lo sé, señor, pero esta es mi sobrina...

—¿Sí?

—Es hija de Jacques de Arco, de Domremy.

—Sí, sí, y...

—Desea hablar con vuestra merced.

Sin esperar más, Juana se adelantó.

—Yo... yo... —empezó la joven azorada.

—Sí, muchacha, sí; habla, ¿de qué se trata?

—Le traigo un mensaje, señor De Baudricourt. Debe vuestra merced mandarme adonde está el Delfín... El Señor lo ordena.

—¿El señor? ¡Yo soy el señor aquí!

—Cuando digo el Señor, me refiero al Rey de los cielos—contestó Juana serena y tranquila.

No lo tomó a mal el señor De Baudricourt y sonriendo a la muchacha dijo:

—Sí, sí, esto es verdad, es verdad.

La gente que había en la sala aguardando para presentar sus respectivos casos, oyeron la extraña conversación que se llevaba a cabo y todos fijaron su atención en aquella joven que tan raro mensaje traía para el señor de Baudricourt.

—Tengo que dirigir los ejércitos del Delfín.

Esto ya era algo más grave y De Baudricourt se inclinó hacia adelante para mirar a su interlocutora.

—¿Conducir sus ejércitos? ¿Es que el Delfín ha tenido nunca ejército? Mira muchacha, las mujeres no conducen los ejércitos, los siguen, y si es esto lo que tú quieres hacer... se puede arreglar—dijo Baudricourt riendo, en cuya risa se unió De Poulengy.

La risa y los murmullos tenían a Juana un poco atemorizada, pero ella ya se encontraba allí y diría todo lo que había de decir.

—¡Es que yo he de salvar a Francia!

—¡Salvar Francia! ¡Anda, corre a tu casa y no seas tonta! Si fuese posible salvar a Francia, ya hace tiempo que se habría hecho, lo habríamos hecho nosotros, ¿verdad De Metz?

—Pero es que la guerra cambiará, cuando yo saiga en ayuda del Delfín y logre que lo coronen.

Al oír esto, el señor De Baudricourt se impacientó.

—Laxart, llévate a esa loca a casa.

Juana miró a su tío, al señor De Baudricourt y a cuantos la rodeaban.

—No puede vuestra merced despacharme así, tiene que mandarme adonde está el Delfín porque he de salvar a Francia.

Las palabras de Juana despertaron encontrados sentimientos entre los que la oyeron, y mientras unos reían con sorna, otros quedaban admirados del aplomo de aquella joven. El murmullo fué general.

—Señor De Baudricourt—dijo Durand adelantándose—, yo ignoraba lo que venía a exponer; en seguida me la llevaré a casa; perdonad.

El viejo mensajero cogió a su sobrina por el brazo y salieron de la sala entre los murmullos y burlas de los que allí había. De Baudricourt, De Metz y De Poulengy permanecieron silenciosos observando a la gente que hacían diversos comentarios sobre lo que acababa de ocurrir.

—Me has convertido en el hazmerreír de toda la sala... ¡Si hubiese podido pensar a lo que ibas!

—No quería hacerte pasar esta vergüenza, tío, pero era indispensable que hablara con él.

—¡Tú tenías que hablar con De Baudricourt!—exclamó asombrado Durand—. Tu padre no me lo perdonará jamás, jamás, por años que viva.

Catalina, prima de Durand, se había unido a los otros dos.

—No te exaltes, primo—suplicó Catalina dándose cuenta de que los capitanes del rey iban a salir.

—¡Paso! ¡Paso!—ordenó un soldado haciendo apartar a la gente—. ¡Dejen el paso libre!—insistió el soldado.

La multitud se hizo a uno y otro lado dejando libre el camino por donde pasaron De Baudricourt, De Metz y De Poulengy. Juana vió en esto su gran oportunidad y echó a correr como un rayo.

—¡Jeannette! ¡Jeannette!—gritó exasperado Durand—, volve aquí, el señor De Baudricourt ya te ha dicho todo lo que había que decir.

No había fuerza humana que la detuviera, y alcanzando al señor De Baudricourt cogió la brida del caballo y le obligó a pararse.

—¡Señor! Vuestra merced tiene que mandarme a la guerra, he de tomar parte en ella.

Juana hablaba con una sinceridad que no admitía chanzas y el caballero se dispuso a escucharla.

—¡Orleans está en peligro!—dijo Juana—. En este mismo instante se está librando una terrible batalla.

—¿Qué dices, muchacha? Orleans está situado a doscientas leguas de aquí. Nadie sabe lo que pueda ocurrir ahora en Orleans—dijo De Baudricourt poniéndose en marcha.

—¡Señor De Baudricourt!—gritó Juana; pero los caballeros habían espoleado a sus monturas dejando por loca a la muchacha.

—Jeannette, vamos a casa—dijo Durand—, y acertándose Catalina trataron de calmarla.

—¡Señor De Baudricourt!—gritó de nuevo con toda su alma, con lo que obligó a retroceder al capitán y a sus acompañantes.

—Puedo asegurar a vuestra merced que en este mismo instante se lucha en Orleans y las armas están contra nosotros... ¡Escúcheme, debe escucharme!

—Pero criatura—respondió De Baudricourt amablemente—, todos queremos salvar a Francia, pero desgraciadamente nuestra patria no es más que un pequeño trozo de tierra, sin rey... sin ni tan sólo un caudillo. ¿qué se trata de salvar? Vuelve a tu casa, hija mía, vuelve a tu padre...

—Dices cosas muy extrañas, hija mía—agregó De Metz.

—Sí, muy extrañas; se me ha mandado aquí para que hablara con el señor De Baudricourt, pero a él no le importa lo que yo digo; de cualquier forma, antes de que transcurra media cuaresma, yo habré hablado con el Delfín. No crea que esto me proporcione un gusto, preferiría mucho más regresar a casa y ponerme a hilar junto a mi madre. Ya sé que este no es mi sitio...

Durand y Catalina miraban ansiosos a Juana.

—No es mi sitio—prosiguió Juana—, pero no existe ahora nadie más en el mundo, ni entre reyes, nobles o príncipes que puedan ofrecer ayuda a nuestra Francia, nadie más que esta pobre muchacha que se halla ante vos. No es que exista nada especial en mí, es el Rey de los cielos quien quiere que sea.

—¿Has oído hablar de una profecía, muchacha?—preguntó De Metz—. Existe una profecía diciendo que una doncella de Lorena salvará a Francia. ¿Estás enterada de ello?

—No, no sé nada de profecías—contestó Juana.

De Metz se puso en marcha para seguir a sus dos compañeros, mientras Durand y Catalina se reunían de nuevo con Juana. Las buenas gentes del pueblo miraban extrañados a la joven, y un hombre, con cierta insolencia, se acercó a ella.

—¿Qué hacemos, muchacha? ¡Vamos al ataque!

—Con quien tendrá una batalla será con su padre—dijo otro hombre.

—Jeannette, basta ya, vamos a casa—dijo Durand.

—Antes tiene que coronar a nuestro rey—exclamó otro insolente.

Durante todo el camino hasta llegar a casa de su tío, la pobre Juana tuvo que soportar impertinencias de aquellos que habiendo oído la conversación con De Baudricourt, la siguieron hasta que Durand les tiró la puerta a la cara.

LUCHA DESALENTADORA

Sentados ante un hogar que ardía alegremente, estaban sentadas Catalina y Juana. Tío Durand permanecía en pie.

—Yo ya temía que no me sabría explicar—, dijo Juana casi llorando—, pero tenía que intentarlo. Un año tras otro se me ha dicho que tenía que salvar Orleans y hacer marchar a los ingleses de nuestra tierra.

—¿Tus padres están enterados de todo esto?—preguntó Catalina.

—No, no he hablado de esto con nadie, aunque nadie me impuso silencio. Yo sabía que mi padre no me hubiese dejado marchar.

—Y ahora, ¿qué hemos de hacer?—preguntó Durand.

—Ya sé que tendrás que ver a mi padre, tío, pero yo no me movo de aquí hasta que el señor De Baudricourt me haga caso.

—¿Pierdas quedarte aquí?—interrogó Catalina.

—¡Tengo que quedarme aquí!—contestó Juana, convencida—. Me situaré ante las rejas del viejo caserón a esperar que pase el señor De Baudricourt, y si os estorbo aquí, iré a dormir al campo. Se me ha dado un mandato y he de cumplirlo.

—Déjala aquí, Durand—dijo Catalina—; yo me ocuparé de ella.

—Y... ¿qué dirá su padre?

—¿Es necesario decirle que tú me has traído aquí?

—Ya sé que aquí estás segura y que no te ha de pasar nada, pero...

—Pero ¿qué, tío?—preguntó asustada la joven.

—Pues que no será para nada bueno, nada bueno.

Tal como había dicho Juana que haría, a primera hora de la mañana ya estaba ante las rejas del caserón, aguardando la llegada de De Baudricourt y sus acompañantes.

—¡Ya estás aquí otra vez!—exclamó un soldado al ver a Juana—. Ya sabes que el señor De Baudricourt no te hará caso, es mejor que te marches a tu casa... y no vuelvas mañana.

El soldado cerró la reja, que estaba abierta, ante el semblante de Juana, y ésta marchó calle abajo con aire sombrío. Había mucha gente por allí y algunos se fijaron en la joven.

—¡Es esta que viene!—dijo un hombre.

Otro hombre se separó del grupo, y saludándola respetuosamente le dijo:

—Perdona, ¿eres la doncella...?

—Soy Juana, hija de Jacques De Arco.

—Hemos oído hablar de ti en Ligny—interpuso una mujer

que se unió al grupo—, y queríamos conocerte... y decirte que confiamos en ti, que hemos rezado mucho.

Estas palabras pronunciadas por gentes sencillas fueron del agrado de Juana, que les sonreía plácidamente.

—Hemos mandado decir una misa por ti—dijo una niña.

—Gracias, gracias a todos—dijo Juana—, estoy segura de que estas oraciones me ayudarán.

Regresó a la casa de Catalina, y quitándose la toquilla con que cubría su cabeza se sentó desalentada.

—Otra vez me cerraron la reja en la cara—dijo, y al levantar los ojos se dio cuenta de que allí estaban su madre y su hermano Enrique—. ¡Madre!

—He venido a buscarte, hija mía; debes regresar a casa.

El tío Durand estaba también allí observando todo cuanto ocurría.

—Juana—dijo la madre—, has sido víctima de una pesadilla durante algún tiempo, pero no ha ocurrido nada malo; pronto lo olvidarás todo y nadie se acordará de ello... ahora es necesario que regreses conmigo.

—Nunca quise causarte pena, madre, porque te quiero más que a nadie en el mundo; pero a pesar del cariño que siento por ti y por mi padre, no puedo volver atrás, he de seguir adelante.

—Entonces, hija mía, dime adónde quieres ir.

Una llamada a la puerta interrumpió la conversación.

—¿Quién llama?—preguntó Durand.

—¡El señor De Baudricourt!—dijo éste anunciándose a sí mismo mientras bajaba los peldaños que conducían a la casa. Le seguían dos de sus acompañantes, el padre Fournier y su acólito.

—¡Señor De Baudricourt!—exclamó Enrique, saludando.

El caballero sólo buscaba a Juana.

—Es ésta—dijo De Baudricourt—, hoy hace exactamente dos semanas, estubo a verme y habló de un combate. Hoy ha llegado un mensajero con los partes y resulta que realmente aquel día se libró una terrible batalla y los soldados del Delfín

sufrieron una gran derrota. ¿Cómo pudiste saber esto? ¿Te has dedicado a la brujería?

Juana miró cara a cara a De Baudricourt.

—Bien sabe vuestra merced que no.

—Esto es precisamente lo que no sabemos, Padre Fournier, sométala a interrogatorio.

Apartóse el caballero y se adelantó el padre, quien tomando de las manos del acólito el hisopo dejó caer una gota de agua bendita mientras decía:

—*Axlabea Immunde spiritus in nomine Patris, Fili et Spiritus Sancti...* Si vienes en nombre del mal, enviada de Satanás, apártate de nosotros; pero si eres buena y te envía Dios, acércate...

—Pido vuestra bendición, Padre, y suplico que todo lo malo que haya en mí desaparezca y que quede sólo lo bueno para ayudar nuestra causa, que es la causa de Francia.

—No es una bruja—dijo el padre Fournier—, señor De Baudricourt. Todo lo que haya vuestra merced oído decir, profecía o no, el diablo no toma parte en ello.

—Gracias, Padre—dijo Juana, bajando la cabeza y besando su estola.

—¿Todavía quieres ir a visitar al Delfín?—preguntó De Baudricourt.

—El Señor así me lo manda.

—Estos dos caballeros me han instigado para que te mande a realizar esta extraña misión que quieres asumir. Ellos están dispuestos a servirte de escolta. A mí me parece que es una misión absurda, pero ellos creen que puede ayudar a nuestra patria... y si esto fuese posible, no quiero ser yo un obstáculo.

—¿Entonces todo se realizará!—exclamó Juana, levantando los ojos al cielo.

—Adiós, hija—dijo el padre Fournier, retirándose.

El señor De Baudricourt inició la marcha mientras De Metz hablaba con Juana.

—Desde aquel día en que te oí hablar con De Baudricourt, he vivido como en un sueño, porque no he podido descifrar claramente dónde he de ir y qué es lo que he de hacer con mi vida.

De repente, cuando oí tu voz se hizo la luz en mi cerebro y he venido para decirte que seré de los que seguirán tus pasos.

—Gracias, señor De Metz, es usted el primero, el primero que me tiene confianza suficiente para convertirse en mi primer soldado.

De Poulengy, que había oído las palabras de su compañero de armas, se acercó a Juana:

—Yo estoy dispuesto a ser vuestro segundo soldado... ¿Cuándo nos ponemos en marcha? El Delfín está en Chinon y para llegar allí hay que cruzar terreno enemigo. Debéis estar preparada para recorrer un camino algo duro durante el invierno.

Los familiares de Juana asistían asombrados a todo lo que estaba ocurriendo y les parecía que todo era un sueño. Ella misma obraba y hablaba como otra persona.

—Será necesario que me vista de hombre. Traedme la ropa necesaria.

Salieron de la casa los dos soldados, y Juana suplicó a su madre que le cortara el cabello. No era posible aquella empresa con una larga cabellera. No quería la madre hacer lo que le pedía su hija, y no obstante se encontraba preparándose para hacerlo. Provista de una larga tijera, Isabel empezó a cortar el cabello.

—Estoy segura de que esto está mal hecho—murmuraba la madre—, siempre estará mal hecho.

—No, madre; sólo he nacido para esta misión.

Se abrió la puerta de la estancia donde se forjaban los preparativos para la empresa que había de hacer inmortal a Juana, y entró su hermano Henri.

—Juana, las gentes del pueblo han traído un caballo para que puedas realizar el viaje.

Entró también el tío Durand y quedó asombrado al ver la cabecita de Juana. Catalina permanecía sentada sin proferir palabra, mientras Isabel terminaba de dejar la cabeza de chica como la de un mozalbete de pocos años.

—¡Bien! ¡Esto ya está!—exclamó la madre.

Juana se levantó y quitó el paño con que se había cubierto

los hombros mientras le cortaban el pelo. Salió de la habitación y al poco rato regresó vestida de muchacho.

—¡Pues como chico, no estás mal!—exclamó Durand.

Como si despertara de un sopor, Catalina se levantó para recoger el cabello que había caído al suelo. Juana se dirigió a la puerta seguida de sus familiares.

EN CAMINO PARA LA GRAN EMPRESA

Nadie había anunciado que en cuanto cerrara la noche, Juana y sus acompañantes se pondrían en camino hacia Chinon para hablar con el Delfín; pero la realidad era que la plazuela estaba llena de gente esperando el paso de los expedicionarios. La gente hablaba en voz baja, el murmullo iba en aumento, y cuando aparecieron los caballos bajo el pórtico se convirtió en un clamor. De Baudricourt se acercó al grupo y descubriendo a Juana en uno de los jinetes, se dirigió a ella:

—He mandado un mensajero a Chinon con una carta mía para el Delfín, de manera que esperarán vuestra llegada. Juana, ¿es la primera vez que montas a caballo?

—Sí; pero para cuando llegue a Chinon, ya habré aprendido un poco.

—Debéis hacer las jornadas solamente por la noche. La noticia de vuestro viaje correrá como reguero de pólvora y el enemigo estará al acecho.

—¡No le temo!—contestó Juana con la calma y serenidad que pasmaba a cuantos la oían.

—¿No lleváis espada?

—No, señor De Baudricourt.

—Tomad la mía—dijo el caballero, quitándose la que llevaba al cinto.

Aunque sin ceremonia alguna, la entrega de la espada a Juana

resultó solemne. Una multitud que apenas respiraba, los familiares de la joven, más que asombrados, cinco personajes a caballo y uno en tierra entregando su espada al que parecía un adolescente. Un rumor de admiración escapó de la multitud. La madre de Juana no pudo contenerse:

—Las madres tenemos a los hijos, los damos al mundo, creemos conocerlos; pero la verdad es muy otra, no les conocemos en absoluto.

—Ahora debéis ponerlos en marcha—dijo De Baudricourt—. Os la confío, caballeros, tenéis ante vosotros muchas leguas de camino a recorrer, los ríos están helados y el tiempo es malo.

Se inició el movimiento de marcha, y Juana se dirigió a su madre:

—Quisiera que fueras a rezar a la ermita de Lupuis, madre, que rogaras por todos nosotros.

—Toma, hija mía, quiero que te lleves este recuerdo de tu madre—dijo Isabel, quitando de uno de sus dedos un anillo en el que se leían las palabras «Jesús María».

Las manos de madre e hija permanecieron por un momento unidas estrechamente en símbolo de despedida, e inmediatamente los jinetes iniciaron la marcha.

En aquel momento la multitud se puso a gritar:

—¡Que Dios guíe y bendiga a la doncella!

—¡Muchacha, que Dios te ayude!

Juana volvió el semblante hacia el pueblo y murmuró:

—¡Gracias!

—¡Adelante, doncella de Orleans—dijo De Baudricourt—; no espero gran cosa de ti, pero marcha y ya veremos lo que ocurre!

Los gritos y entusiasmo del pueblo acompañó a los expedicionarios unos minutos. Pronto se encontraron en un campo abierto, solos, en una noche helada, bordeando el río. Llevaban ya unas cuantas horas de camino cuando cruzaron un puente medio en ruinas, y cuando los caballeros se disponían a introducir los caballos al agua para cruzar el río, aparecieron unos hombres, uno de los cuales llevaba una linterna.

—¡Alto! ¿Podéis decirnos quiénes sois?

—Viajeros, amigo, nada más que viajeros... y ¿quién sois vos?—preguntó De Metz.

—Soy el alguacil de Clervaux—contestó la autoridad.

—Nosotros somos gentes honradas.

—Es muy posible, pero tenemos que asegurarnos. ¿Puedo mirar?—preguntó el alguacil, levantando la linterna para iluminar el semblante de los viajeros.

Con toda calma procedió el alguacil a mirar primero a De Metz, luego a De Poulengy hasta que al fin la luz iluminó el semblante de Juana.

—¿Eres un muchacho?

Juana miró a sus compañeros con mirada interrogativa.

—Permitidme que os diga por qué hemos salido a esperaros aquí.

—Pues decído de una voz y dejadnos marchar—observó impaciente De Poulengy.

—En nuestra villa hay un grupo de soldados de Borgoña que, según ellos, han venido para prender a la muchacha de Lorena... la que viene para ayudar al Delfín.

Las palabras del alguacil impresionaron a los viajeros, pero no hicieron ningún comentario.

—Si alguno de vosotros fuese la doncella, os aconsejo que no paséis por nuestra villa.

—Muchas gracias, Alguacil; pero todo esto no nos atañe—contestó De Metz.

Hombre bonachón y discreto comprendió muy bien la negativa del caballero, pero no se desanimó.

—Muchas gracias, alguacil; pero todo esto no nos atañe algo que comer durante el camino; no hemos podido hacer más.

—Una vez más os damos las gracias—dijo De Metz, disponiéndose a aceptar los panes.

—Si me lo permitierais—dijo el alguacil—, me gustaría entregarlos al joven muchacho yo mismo.

Juana tomó los panes.

—Os lo agradecemos de todo corazón—dijo la doncella.

—Si fueseis la doncella de Lorena, y no digo que lo seáis; pero si fuese así, tengo para vos un mensaje del pueblo de Clervaux, y es éste: ¡Que Dios os guíe! ¡Que Dios os acompañe y salvéis nuestra Francia!

Los caballeros se pusieron nuevamente en marcha, tomando un camino distinto al que habían pensado, después del aviso que les había dicho el alguacil, y pronto se perdieron de vista en la obscuridad.

—¡Vecinos, ahora ya podemos regresar a nuestros hogares! ¡La hemos visto y dado nuestra advertencia! ¡Que Dios la bendiga!

Estaba amaneciendo cuando en la lejanía aparecieron unas torres y en el camino Juana, De Metz y De Poulengy fatigados después de tan larga jornada.

—Aquéllas son las torres de Chinon—observó De Metz.

—Hemos recorrido la ruta felizmente—exclamó Juana—. Ya hemos llegado. Jean Bertrand, todo ha ido bien y podré ver al Delfín.

EN EL CASTILLO DE CHINON

Cualquiera que hubiese penetrado en los salones del castillo no hubiese podido imaginarse que las gentes que se encontraban en el lujoso salón de baile eran la flor y nata de la nobleza de un país en guerra que se estaba hundiendo.

El Delfín presidía la fiesta sentado en el trono y observaba con aire de hombre poco inteligente el espectáculo que ofrecían unos saltimbanquis, de harto mal gusto.

El duque de la Tremouille se acercó al Delfín.

—¿Has traído el oro, Tremouille?—preguntó el príncipe.

—¡Oro! ¡Oro! ¡No!

—Duque de la Tremouille, deberías saludar cuando te presentas ante mí. Tu comportamiento no me agrada.

Con un bastoncito que llevaba, el duque tocó ligeramente al príncipe.

—Me debéis dinero, Delfín de Francia.

—Y se os pagará.

—Hasta mí han llegado rumores de que pensáis abandonar el país. Si nos dejáis, si desertáis... Si ahora os prestara tres mil coronas y luego desaparecierais hacia el Norte, el Sur, o donde fuese, ya podría silbar por mi dinero. No solamente este último préstamo, sino las enormes cantidades que me debéis.

—Prestadme tan sólo mil coronas; esto es más seguro, pues con mil coronas no puedo huir muy lejos.

—Necesitaré vuestra firma, príncipe.

—No firmaré sin recibir antes el dinero—contestó el Delfín con aire de niño mal criado.

—Pues no entregaré el dinero sin antes tener la firma—dijo el duque, y llamando a un lacayo agregó—: traed una pluma que el Señor ha de firmar.

El Delfín se puso en pie, y dirigiéndose al duque, le apostrofó:

—¡Ladrón!

—Caballeros—dijo De Rheims, interviniendo—, pensad que estáis ante la Corte.

—Siempre que le pido dinero, me obliga a firmar antes una hoja en blanco, y sé perfectamente por qué lo hace, para vender parte de mi territorio, por esto quiere mi firma. Lo vende a los de Borgoña, y éste es el dinero que me presta.

—¡Esto no es verdad!—exclamó el duque.

—Es increíble, señor—dijo De Rheims—; sería una falta de honradez.

—Para la moral del duque, no; sólo es negocio. Es tanto el dinero que lo debo, que me veo obligado a pedirle prestado para poder pagarle los intereses.

—Hablemos de este asunto—dijo De Rheims—; si el duque de la Tremouille os cobra más interés de lo que es legal, puede

pedornársele, porque difícilmente subiréis al trono de Francia, y de ser así, tampoco cobrará jamás...

—Su propia madre dijo...—insinuó el duque.

—¿Quién cree lo que dice mi madre?—exclamó el Delfín.

—Dijo que no erais hijo del último rey y que la historia de sus amores con...

—¡Basta! ¡No hablad más de mi madre! De Rheims, ¿intentáis pasáros también a los ingleses? Sé perfectamente que estáis bien con ambos lados, pero cada día menos del mío, y creéis que ya ha llegado la hora de dejarme ahogar.

Poca importancia dió el duque al parlamento del Delfín, quien le mostró el papel para que lo firmara. El real personaje arrebató el papel de las manos de aquél, que tenía más de usurero que de noble, y se fué adonde estaba el lacayo esperando con la pluma y una bandeja en la que se apoyó el Delfín para firmar. El duque y De Rheims permanecieron apartados hablando, al parecer, de cosas indiferentes. Firmado ya el documento, el príncipe vió que se acercaba Chartier.

—¡Oh, poeta! ¡Estoy rodeado de salteadores de caminos!—exclamó el Delfín.

—Señor, estáis en un error; estos hombres no son ladrones porque roban reinos, y esto les convierte en estadistas.

—Y tú también me tratas mal, Chartier, el espectáculo que me has proporcionado esta noche no vale nada. ¡Mira a estos saltimbanquis!

—Vuestra majestad me perdonará cuando vea la próxima atracción—dijo Chartier.

—¿De qué se trata?

—¿Vuestra majestad recuerda haber oído hablar de una pobre muchacha loca, de Lorena?

—No; me parece que no he oído decir nada.

—Sí, majestad, el señor De Baudricourt os escribió una carta sobre su viaje. Está instalada en la hostería, en la esperanza de poder hablaros...

—Bien, pues que espere.

—Está en palacio, majestad, a pocos pasos de aquí. Os pro-

meto, majestad, que si me prestáis vuestro trono por unos minutos, haré morir de risa a toda la corte... y será un espectáculo que no os costará ni un franco.

—¡Bien!—dijo el Delfín, sonriendo satisfecho, yendo a mezclarse entre sus propios invitados para que Chartier pudiera realizar la farsa prevista.

El duque de Alençon estaba allí, y descubierto por el Delfín fué a hablarle.

—Mi querido primo, me resulta agradable veros entres nosotros.

Se inclinó el duque para besar la mano del príncipe, y éste la apartó.

—Nada de ceremonias, os quedáis aquí para ver la función, sentaros...

—Carlos—dijo D'Alençon en tono grave—, he estado observando esta fiesta y creía estar sujeto a una pesadilla, a un mal sueño... Alegría, frivolidad, despilfarro, y a pocas leguas de aquí, Orleans, vuestra última gran ciudad, sitiada, agonizando, y la dejáis morir... Vuestro reino se os escapa de vuestras manos y volvéis el semblante hacia el otro lado.

—No insistáis, D'Alençon, si es que me queréis.

—Precisamente porque os quiero, he de hablar más todavía. He oído decir que nos abandonáis, que pensáis dejar Francia... Vos sois el corazón de esta Francia, y si nos dejáis, ¿qué nos resta?

—¿Qué significa Francia para mí? Un padre loco, que con un tratado me arrebató todos los derechos... Mi madre, que acaba de declarar que soy ilegítimo... Una hermana que se ha casado con un rey enemigo y está criando al pretendiente de mi trono... ¿Os extraña que trate de divertirme?

—Pues yo no puedo contemplar estas escenas—exclamó el duque d'Alençon.

La voz de Chartier se impuso sobre todo el murmullo que reinaba en la sala.

—¡Señores y compañeros réprobos, ahora llegamos al número final del espectáculo de esta noche...

—Quedaros, primo—insistió el Delfín—, tal vez lo que ahora presentarán divertirá incluso a vos.

—El último número es siempre el mejor. ¿Sabéis de lo que se trata?

—Decidlo—pidió uno de los invitados.

—¿Bailarinas?

—¿Una comedia?

—Es mucho mejor que una comedia...—continuó Chartier—. Ha llegado una profetisa de Lorena que ha prometido salvar a Francia y coronar al Delfín. El juego consiste en que el duque de Clermont se sienta en el trono y pretenda que es el noble Carlos.

Bajó del trono el príncipe y cedió su sitio al duque de Clermont.

—Cuando termine la velada—dijo el duque—, seré Delfín por elección popular, supongo.

—No basta—dijo el príncipe—, sentaros y yo me mezclaré con los invitados.

—Señores, un poco de obediencia—suplicó Chartier, y en su papel de maestro de ceremonias, colocó el bufón a los pies del trono y distribuyó a los invitados, procurando disimular la presencia del Delfín entre ellos.

—¡Dejadla entrar, digo!—exclamó el duque, interpretando ya su papel.

Se abrieron las puertas. Los invitados dejaron un paso central agrupándose a uno y otro lado. Aparecieron tres hombres. De Metz, Juana y De Poulengy.

—¡Ah, sois tres!—exclamó Chartier—. ¿Se puede saber cuál de los tres es la doncella de Lorena?

Juana adelantó un paso y haciendo una inclinación dijo:

—Yo soy la doncella de Lorena.

—¿Y quiénes son las otras dos doncellas?—preguntó Chartier, intentando hacer gracia.

—Estos caballeros son Jean De Metz y Bertrand De Poulengy, que han venido escoltándome.

—Vamos, una familia de tres—dijo Chartier.

—Caballero—exclamó en tono resuelto De Poulengy—, si decís una sola palabra contra la doncella, o ponéis en duda nuestro respeto hacia ella, estáis expuesto a tener que arrepentiros.

—Mis excusas, caballero—dijo Chartier. Se quitó el sombrero y haciendo una reverencia burlona, se arrodilló ante Juana.

—Preferiría que nadie se arrodillara ante mí—dijo la joven humildemente.

—Pues no nos arrodillaremos, porque os aseguro que no es una posición cómoda; pero no perdamos tiempo, pasad, aquí está nuestro gran Delfín...

Los invitados habían reído algo al escuchar las sandeces que había dicho Chartier; pero la presencia de Juana y sus acompañantes no era para inspirar risa a nadie.

La doncella miró incrédulamente al que le mostraron como ser el Delfín, e instintivamente se dio cuenta del engaño. Hizo un paso hacia atrás para retirarse. El Delfín la observaba atentamente escondido detrás de unas damas.

El duque de Alençon también estaba intrigado. Juana miraba uno a uno a todos los que estaban allí presentes. Posó sus ojos sobre De Rheims, De Tremoville y seguía buscando.

—Aquí estoy yo esperando que os cuidéis de mi coronación, muchacha; esto es lo que me habéis prometido—exclamó De Clermont desde el trono—. Doncella de Lorena, debéis ocuparos de ello y que sea pronto, inmediatamente.

Juana seguía buscando entre los invitados.

—Vuestro Delfín os ofrece su mano, doncella—dijo De Clermont, adelantando su mano derecha.

La joven hizo un leve movimiento con la cabeza demostrando incredulidad. Miraba a un lado y a otro y las lágrimas acudían a sus ojos. El Delfín la miraba obsesionado, y Clermont abandonó el trono. Juana empezaba a descorazonarse, pero quería cerciorarse bien de si estaba o no allí el personaje que buscaba. Se introdujo entre los grupos de invitados y al llegar frente al duque d'Alençon se detuvo, miró a la derecha y casi directamente fué adonde estaba el príncipe.

—Gentil Delfín—exclamó, echándose al suelo y besando sus

pies—, es a vos a quien buscaba. He recorrido un camino muy largo para encontraros y nadie puede ocupar vuestro lugar. Dios me ha hablado a través de sus mensajeros y su voluntad es que venga en vuestra ayuda y que seáis Rey de Francia.

—¿Cómo me habéis conocido?

—No puedo decirlo ante toda la corte.

La consternación se pintaba en el semblante de los presentes, especialmente de los caballeros.

—¿Qué opináis?—preguntó el Delfín a De Tremouille.

—Que esta muchacha es peligrosa... Debe esconderse alguien tras ella—contestó De Tremouille.

—Juraría que os la han mandado vuestros enemigos—dijo De Rheims.

—Mi Delfín—dijo Juana—, os prometo que a partir de esta hora variará el rumbo de la guerra y el de vuestra vida.

El Delfín estaba perplejo y le costaba decidirse a escuchar a la muchacha a solas.

—A decir verdad, doncella, no creo ser merecedor de que Dios se interese por mí, no, no. No es que sea peor que otros que hay por aquí, mas temo que Nuestro Señor se preocupa poco de nosotros... He hablado la verdad y me gustaría que correspondierais en la misma forma. ¿Qué es lo que queréis? ¿Dinero? ¿Tierras? ¿Regalos? Soy un hombre arruinado, a pesar de mi rango.

—Os equivocáis al decir que Dios no se interesa por vos, decís eso por esconderos de mí, como antes habéis intentado esconderos entre las damas; pero el Señor os encontrará y se-réis Rey.

El duque d'Alençon se acercó a su primo.

—Esta joven habla la verdad, Carlos, escuchadla. Opino que habéis llegado a tiempo, doncella de Lorena.

—Hubo un instante en que creí que erais vos el Delfín—dijo Juana.

—Soy su primo, el duque d'Alençon.

—Duque, es una suerte que estéis vos aquí—dijo la joven—,

Cuantos más se reúnan de la noble sangre de Francia, más fuerte será nuestra causa.

De Tremouille habló al oído del príncipe.

—No os fiéis de ella, señor.

—No quiero fiarme de ella—dijo el príncipe—; pero cuando la oigo hablar y miro sus ojos, creo que dice la verdad.

Juana no se impacientaba, pero deseaba hacer llegar su mensaje al Delfín, porque no eran momentos para perder tiempo.

—Gentil príncipe; Si os digo cosas tan secretas que sólo las saben Dios y vos, ¿creeréis que es Él quien me ha mandado?

Las palabras de Juana obraron como magia sobre el príncipe, quien dijo resuelto:

—Venid conmigo, doncella de Lorena.

Guiando el Delfín el camino, seguido de Juana, el duque d'Alençon y algunos otros nobles se dirigieron a la capilla de palacio, donde sólo penetraron los dos primeros.

Al poco rato salió el Delfín de la capilla y Juana permaneció orando ante el altar.

PREPARATIVOS PARA LA LUCHA

La noticia de la presencia de Juana en el palacio de Chinon y su entrevista con el Delfín era ya conocida de toda la comarca, y los campesinos se animaban unos a otros para ir a la lucha. Cada día llegaban más hombres dispuestos a alistarse al ejército de la doncella. Muchos eran los que sacaban el caballo del arado para ir a engrosar las filas de los que ya habían marchado. Todo el territorio estaba en pie de guerra, animosos en su afán de arrancar la patria de manos enemigas.

El Delfín miraba desde una de las ventanas de palacio cómo iban llegando hombres y más hombres.

—Llegan a millares—dijo el príncipe a su primo—. El nombre de la doncella es mágico; mis gentes creen en ella.

—Entonces, ¿por qué no nos dejáis obrar?—preguntó d'Alençon—. ¿Por qué? Se ha reunido un ejército, llegan hombres de todas partes, se han desenterrado oro y joyas que se entregan al tesoro. Os mandan grano y ganado como presentes. Nos pedisteis que reuniéramos un ejército, lo hemos hecho y no nos dais la orden de ponernos en marcha.

—No podía hacerlo antes de que el Arzobispo hubiese interrogado a la doncella, así como otros dignatarios de la Iglesia.

—Este examen ya se ha hecho y ha resultado satisfactorio.

—Sí; pero aunque no se ha encontrado nada en contra de ella—objetó de Rheims—, no sabemos si es prudente mandarla al campo de batalla.

—Delfín de Francia—dijo De Tremouille—, por el momento vivís; pero si vais a la guerra, no solamente podéis perder el reino, sino la vida...

Tanto De Tremouille como De Rheims no tenían ningún interés en que se pusiera en marcha el ejército que se había reunido bajo el nombre mágico de la doncella, y conocedores del poco carácter del Delfín, le presentaban solamente las dificultades para hacerle vacilar.

—No seré yo quien conduzca el ejército—dijo el Delfín—, sino la doncella.

—¡Una campesina al frente de las tropas francesas!—exclamó De Tremouille—. Seréis el hazmerreir de toda la cristiandad.

—Desgraciadamente, lo he sido hace mucho tiempo, gracias a vos. Durante muchos años habéis intentado convencerme de que soy un pretendiente al trono de mi padre, que soy un pilastre, un imbécil... ha habido momentos en que casi lo he creído, y entonces llega esta doncella y me descubre...

—¿Qué os dijo en la capilla?—preguntó De Rheims.

—No puedo decírolo y no lo diré.

—Nos lo diréis, jamás supisteis guardar un secreto—insistió De Tremouille.

—Pues éste no lo revelaré. En realidad, no sé lo que he de

hacer. Lo que más me preocupa es mi cabeza y mi corona... no sé si es prudente arriesgarlos.

—¿Cuánto tiempo tenemos que esperar todavía?—preguntó d'Alençon—. ¿Es que no podremos liberar Orleans?

—No sé, no sé—dijo el Delfín, vacilando.

—Cuanto más esperéis, mejor, majestad—dijo De Tremouille.

—Tampoco estoy seguro de esto—repuso el príncipe.

Se abrió una puerta y apareció Juana al mismo tiempo que un centinela la anunciaba al príncipe.

—Perdonad, mi Delfín; pero hace días que intento veros y los centinelas me dicen siempre que estáis en consejo.

—Juana, os sientan bien las ropas de soldado—dijo el príncipe.

—Gracias, mi Delfín. Todos los preparativos están hechos, debemos actuar; somos gentes de acción, no de palabras... Mandadme a Orleans y la señal que habéis pedido será dada. ¡Ahora es el momento!

—Siempre hay tiempo, doncella de Lorena—repuso el Delfín.

—No; no siempre hay tiempo, mi Delfín; aprovechad mis servicios, porque como ya os dije, sólo duraré un año o poco más. ¡Venid con nosotros a Orleans!

—Si deseáis que os complazca, no debéis pedirme cosas faltas de razón. No puedo conducir el ejército.

—Majestad—intervino De Tremouille—, no es conveniente confiar en esta muchacha. Si es la voluntad de Dios libertar Orleans, ¿por qué necesitamos soldados?

—Los soldados han de luchar y Dios cuidará de conducirlos a la victoria—exclamó Juana.

—Si pudiera estar seguro, pero es que no lo estoy; no sé si seré un buen rey—gimió el Delfín.

—Lo que os hace falta, mi Delfín, es confianza en Dios; cuando consigáis esto, tendréis confianza en vos mismo—expuso Juana.

—Es que no estoy seguro de que Dios quiera que yo sea rey. ¿Por qué me manda quien me ayude, siendo lo que soy?

—Apartad de vos temores y dudas, mi Delfin. Sed noble y fuerte, tal como os he soñado.

D'Alençon estaba impaciente escuchando aquel altercado.

—Carlos, ¿podéis mirar esta cara y dudar todavía?

—No; ya no dudo más—dijo el Delfin, y haciendo levantar a Juana que había permanecido de rodillas hablando con el príncipe, ordenó—: Alençon, acompañadla adonde están los capitanes. Dios guía a esta muchacha y estará con ella en la batalla.

EN PLENA LUCHA

En el estandarte del ejército que había reunido Juana de Arco se leían estos dos nombres: «Jesús María», y bajo su protección se habían lanzado al campo de batalla para arrancar Francia de las garras del enemigo, que poco a poco la iba invadiendo.

Vestida con armadura, como los demás caballeros que la acompañaban, Juana, montada a caballo, se dirigía hacia su gran empresa. Marchaba con la visera alta, hablando con D'Alençon, que iba a su izquierda. Les seguían De Metz, De Poulengy, el padre Pasquerel y D'Aulon, que llevaba el estandarte.

—¿Encontráis la armadura pesada?—preguntó D'Alençon.

—En absoluto, la encuentro ligera y me siento animada, porque encontraremos el ejército y empezaremos la lucha. D'Aulon, sostened mi estandarte bien alto.

A medida que avanzaban iban encontrando gente que se paraba a mirar a los guerreros, y algunos se daban cuenta de que Juana era una mujer.

—¡Oh!—exclamó un soldado—Es una chica y con armadura.

Estos soldados significaban que el campamento no podía estar muy lejos, y efectivamente, ya se veían las tiendas de campaña, donde hacía días que el ejército esperaba órdenes.



Mientras los hombres
hablaban de guerra, Juana
permanecía silenciosa.



«Hemos mandado decir
una misa por ti.



— Entonces todo se realizará — dijo Juana.



— Estoy segura de que esto está mal hecho y siempre lo estará — dijo la madre.



— Nuestra única fuerza
está en nuestra fe.



Aunque se llevó a cabo
sin ceremonia alguna la
entrega de la espada a Ju-
na por de Baudricourt, re-
sultó solemne.



— ¡Glasdale, rendiros a mí si queréis salvar vuestra vida y la de vuestros soldados !



— Dios me ha hablado a través de sus mensajeros y nadie más que vos puede ocupar el trono.



Dois centinelas ingleses la custodiaron hasta llegar a la presencia del duque de Luxemburgo.



Con los símbolos reales de corona y manto de armiño, el Rey recibió a Juana de Arco.



Finalmente una flecha
alcanzó a la doncella y ésta
cayó herida.



— ¡Adelante, soldados,
por la gloria de Francia!



— ¡Vosotros no podéis
ser mis jueces, porque sois
mis mortales enemigos!



— ¡Rey del cielo, he ve-
nido a cumplir un voto!



— No tardaré mucho en morir ¿verdad, padre Masieu?



— ¡Jesús! ¡Jesús!

—Despertad — gritó un soldado—, es la doncella que llega ya...

Las escenas de peleas y jolgorio que tenían lugar entre la soldadesca y las gentes que acostumbran a seguir a los ejércitos hicieron fruncir el ceño de Juana. El duque, que se dió cuenta de ello, la condujo directamente a la tienda donde estaban los capitanes, para presentarla.

—Caballeros—dijo el duque—, os presento a la doncella de Orleans; éste es Xantrailles, De Raiz, De Culan, De Gaucourt, St. Sévere y éste es La Hire...

La oficialidad miró la extraña visión que representaba una muchacha joven como Juana vistiendo armadura.

—Por los cuernos de toro de Bashan, es una muchacha y enjaezada—exclamó La Hire...

—El capitán La Hire—explicó el duque—es hombre rudo de palabra; pero es un buen guerrero que sabe luchar.

—Si es así, seremos buenos amigos—contestó Juana.

—No se trata de esto—dijo La Hire.

—Sentaos entre nosotros, Juana—dijo Xantrailles—, hemos de trabajar juntos y debemos conocernos.

—¿Fué mi amigo De Baudricourt quien os mandó al Delfín?—preguntó La Hire.

—Sí; él fué.

—¿Cómo pudo creer jamás que vos...?

—Nunca creyó en mí, señor, De Metz y De Poulengy creyeron y a esto se debe que me mandara.

St. Sévere observó a la doncella y al fin habló:

—En toda la historia de Francia, en la del mundo entero, no se encuentra un nombre que hubiese acaudillado a la gente tan rápidamente, con tanto entusiasmo, una carrera tan rápida bajo tan favorables auspicios... Alguien de imaginación muy avisada debe haber preparado todo esto.

—¿Qué es esto?—preguntó Juana, mirando al duque.

—Pues esto de la doncella de Lorena, no es necesario que intentéis disimular ante nosotros.

—¿Qué quiere decir, duque?

—St. Sevère, cuando conozcáis mejor a la doncella, veréis que no hay duplicidad en ella.

—Pues yo creo que es una charlatana o una necia—exclamó La Hire.

—No puedo contestar a lo primero, no puedo contestar, porque no entiendo la palabra; pero en cuanto a lo segundo, si es así, Dios no me lo ha tenido en cuenta—repuso Juana.

—Doncella de Lorena—dijo Xantrailles—, con tal no intentéis darme órdenes, procuraremos marchar de acuerdo.

—No intentaré daros órdenes, porque no sabría cómo darlas.

—Por la roca de Moisés—exclamó La Hire—, éstas son las primeras palabras razonables que os oigo pronunciar, seguid fiel a ellas y por los truenos de Dios, que no tendremos disgustos.

—No juréis, La Hire—dijo Juana.

—¿Que no jure? ¡Vamos, por la negra vara de Aarón...

—Digo que no se han de oír juramentos en este ejército, ni por los altos ni entre los bajos.

—¿Queréis que enmudezca el ejército?

—Empezad vos a callar—dijo Juana.

—Dijiste que no darías órdenes, doncella—observó Xantrailles.

—Esto no es una orden militar, señor; claramente debéis ver esto, pues el ejército que se ha reunido para marchar sobre Orleans lo fué por una causa santa. He visto a los soldados, había mujeres entre ellos, bebían y juraban. Estos abusos deben terminar y todos los hombres deben ir a confesar antes de emprender la marcha.

—¡Vive Dios!—exclamó La Hire.

—No juréis, La Hire; pero si os es necesario decid: Por mis huesos...

—¡Por mis huesos! ¿Qué clase de juramento es éste?—interrogó La Hire.

—Nunca se mandó a los soldados a confesar—explicó Xantrailles—, y si diéramos semejante orden, se nos burlarían.

—Yo no la daré—dijo De Gaucourt.

—Ni ninguno de nosotros—interpuso St. Sévère—, podéis estar seguro de ello.

—¡Por las llagas de Lázaro! ¿En qué guerra se ha visto que los capitanes tuvieran que celebrar consejo con una ignorante campesina?—murmuró La Hire—. Este Delfín nuestro es una calamidad, Dios le confunda. Que sea un cobarde, ya es una buena desgracia, pero es peor que nos mande niños para conducirnos.

—No seáis cabezota, sólo irá montada ante nosotros, como un símbolo, una figura para animar a los soldados—explicó Xantrilles.

—No; por el amor de Janus y sus descendientes con dos caras, lo que es a mí no me animará—dijo La Hire, despectivamente.

—No creo que nos preste gran ayuda en la batalla—agregó Xantrilles—; de todas maneras, le estoy agradecido.

—¿De qué?

—Por darnos otra oportunidad de luchar, de intentar vencer o vender cara la vida.

Juana salió al campo acompañada de un soldado y del duque.

—¿No hay manera de poder dar una orden que llegue a todo el ejército?—preguntó la doncella.

—No lo creo—dijo el duque—; la habéis dado a los capitanes y ellos se han negado a obedeceros.

—¿Pues cómo puedo hacer para que se enteren todos los soldados? ¿Cómo?

El padre Pasquerel andaba por allí hablando con los hombres. Juana se dirigió a él.

—Padre, ¿qué debo hacer? Quiero que los soldados vayan a confesar; ¿qué puedo hacer?

—Quisiera poder ayudaros, porque tenéis razón; pero no veo la forma de llevarlo a cabo.

Juana continuó recorriendo el campamento y se paró ante una tienda donde había unos soldados jugando a los dados y otro en animada charla con una muchacha.

—¿Jugáis a menudo a este juego?—preguntó Juana.

—Todos los días... todo el día—contestó el soldado.

—¡Este ha ganado!—dijo otro.

—De ahora en adelante no os quedará mucho tiempo para juegos—dijo la joven.

Uno de los soldados, empleado en el juego, fijó su vista en Juana.

—¡Es la doncella de Lorena! ¡La que hemos de seguir!

—¡Es la doncella! ¡Es la doncella!

—¿Podemos ayudaros en algo?—preguntó un soldado.

—Sí. Recoged los dados por un momento.

—Machet, recoge los dados—ordenó otro.

Los soldados recogieron los dados y contemplaron a Juana. Ella aprovechó aquel momento de muda admiración para hablarles.

—Me han dicho que todos los ejércitos son así, que no es posible hacerlos variar de costumbres, pues si esto es verdad, no podemos conseguir la victoria, porque no somos dignos de ella.

—Hemos venido aquí, doncella, porque vos nos habéis prometido la victoria—dijo un soldado.

—Es verdad que Dios nos ha llamado para luchar en esta guerra, pero no basta que Dios esté a nuestro lado, somos nosotros los que debemos estar en el suyo...

—¿Qué debemos hacer, doncella?—preguntó otro soldado.

—Debéis dejar de jugar.

—¿Dejar de jugar?

—Sí; en público y en secreto, no debéis jurar ni tomar el nombre de Dios en vano.

—¿Qué ha dicho?—preguntó un soldado a otro.

—Nada de jurar, ha dicho la doncella.

—Y debéis despachar a todas estas mujeres que andan por aquí.

—¿Cómo? ¿Cómo ha dicho?—gritó una mujerzuela.

—Nada de mujeres—dijo un soldado.

—Nadie debe seguir al ejército—continuó Juana.

—¿Se refiere a nosotras?—insistió aquella mujer que había hablado.

—Y antes de ponernos en marcha, todos los soldados irán a confesar, para limpiar su alma de todas las faltas que puedan haber cometido.

—¿Qué se ha creído, que somos monjes?—dijo un soldado en voz baja.

—¡Cella, Travian, déjala hablar!

—Escuchadme, tantos como podáis... Veis, mis manos, no hay fuerza en mis manos, ni en las vuestras hay fuerza suficiente para luchar y vencer a los Ingleses. Nuestra única fuerza está en nuestra fe... y si esta fe se malogra por cosas insignificantes que disgustan al Señor, entonces, aunque seamos un millón, nos vencerán y moriremos.

Se había formado un grupo bastante numeroso y atraídos por la curiosidad iban acudiendo más y más soldados.

—Si, acercaros hombres, y a los que no me pueden oír dadles este mensaje: solamente podremos ganar la guerra si nos convertimos en el ejército del Señor...

D'Aulon estaba detrás de Juana aguantando el estandarte y habían llegado para ponerse a su lado, el duque D'Alençon y el padre Pasquerel.

—No es fácil para mí estar ante vosotros y pedir os que todos vayáis a confesar, y tal vez os sea difícil hacerlo, pero yo sé que si lo hacéis, aunque los ingleses caigan de las nubes o los traiga el viento ¡les venceremos! Aunque sus flechas caigan sobre nosotros como granizo del cielo y sus lanzas formen un círculo de acero... y sus cañones retumben como truenos, les venceremos, porque Dios nos lo ha prometido. Nuestro Padre, que está en el Cielo, será nuestro guía; Él estará con nosotros si alabamos su Santo Nombre. Nos dará todo cuanto necesitemos... nuestro pan de cada día, la victoria y la patria ¡libre para siempre!

CAMINO DE ORLEANS

El ejército de la doncella de Lorena avanzaba hacia Orleans sin haber podido todavía luchar con el enemigo. Juana iba a la delantera entre La Hire y Xantrailles.

—¿Por qué estamos a la derecha del río si aquella ciudad es Orleans?—preguntó Juana.

—Dunois, el Bastardo de Orleans, lo ha ordenado así.

—¿Es él quien manda aquí?

—Sí, muchacha—dijo La Hire—, es aquel que llega a caballo; debe venir a saludaros.

En dirección contraria a la que ellos llevaban, venía un guerrero con su séquito, que hizo alto al encontrarse con los expedicionarios.

—¡Dios os guarde, Dunois!—dijo Xantrailles.

—¡Mis respetos, señor!—dijo La Hire.

—¡Os doy la bienvenida de todo corazón, amigos! ¡Veo que venís acompañados de la doncella!

—¡Dunois d'Orleans!—dijo Juana—. Si aquella que se ve en la lejanía es la ciudad de Orleans, ¿por qué nos habéis ordenado que remontáramos el río por este lado? ¿No hubiese sido mejor atacar gallardamente donde los ingleses están mejor parapetados?

—Estáis a la derecha del río, doncella—dijo Dunois—. ¿Veis aquellas torres? Son las de Tourelles, la fortaleza más importante que poseen los ingleses. Si la tomamos, las demás se derrumbarán.

—¿Quién manda la fortaleza de Tourelles?—preguntó Juana.

—Sir William Glasdale.

—Es la flor y nata de los capitanes ingleses. He luchado contra él muchas veces—comentó La Hire.

—Me han ordenado que prevenga a ese comandante que se entregue, que salve su vida y la de sus hombres. Llevadme a él.

Juana se apartó de sus acompañantes y colocándose junto a Dunois emprendieron el camino hacia la fortaleza. A medida que

se acercaban al castillo podían ver a los soldados ingleses sentados sobre el parapeto y al propio Glasdale junto a una torre.

Dunois y Juana hicieron alto a una distancia que les permitía hablar con los ocupantes del castillo con sólo levantar la voz.

—¡Sir William Glasdale!... ¡Sir William Glasdale!...—gritó Juana.

—¡Yo soy Sir William Glasdale! ¿Quién sois vos?

—Soy Juana, la doncella de Lorena. Sir William Glasdale, a vos, hombres de Inglaterra, que no tenéis derecho a permanecer en nuestra Francia, el Rey del Cielo me manda que os diga que abandonéis vuestras fortalezas y regreséis a vuestra patria...

—¡Oh!

—Si no os marcháis—prosiguió Juana—, haré tantos destrozos en vuestras filas que se recordarán eternamente... He venido para deciros esto, para que no perezcáis en una causa perdida... en una guerra páfida.

—Sois muy generosa, pero deseo recordaros dos cosas... Primera, estamos ganando esta guerra; segunda, si alguien es páfido, sois vosotros. Dunois, La Hire, el mal está de vuestro lado, del nuestro está Dios...

—Sir William—insistió Juana—, es en vos en quien pienso y en los hombres que van a morir si no escucháis mi aviso y ¡no os rendís ahora mismo!

—¡Jamás he temido las brujerías y no aceptaré el aviso de una ramera!

Juana acusó el insulto y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Sólo os he deseado bien—dijo Juana.

—Dunois, apartadla del alcance de mis tiradores, no vayan a atravesarle la cabeza con una flecha y se le acabaría el guerrear.

—Regresemos, Juana—dijo Dunois.

Cuando Sir William vió que volvían grupas empezó a insultar a Juana con las palabras más viles.

—¡Bruja! ¡Hechicera! ¡Ramera! ¡Hija de Satanás!



La batalla era inminente y todo estaba preparado para asaltar la fortaleza cuyo comandante no había querido escuchar las palabras de Juana. El ejército estaba reunido y a su frente marchaban la doncella de Lórena, Dunois, D'Aulon enarbolando el estandarte, La Hire y todos los valientes soldados que se habían unido a Juana para libertar a su patria. Las tropas habían avanzado y el momento de atacar había llegado. Juana cerró los ojos.

—¡Esta es la hora! ¡Este es el momento!—decía para sí.

Montada sobre su caballo, volvió la cabeza, miró a sus soldados y exclamó:

—¡Adelante!

La Hire y los otros capitanes cuidaban de dar las órdenes a los soldados.

—¡Fuego! ¡Adelante!

Mientras tanto, en la fortaleza Sir William Glasdale reunía a todos los suyos para defenderse de un ataque que no esperaba.

—¡Preparad los cañones!—ordenaba Glasdale.

—¡Subid a las catapultas!—gritaba Dunois.

Los arqueros, los lanceros y todas las armas que tomaban parte en aquel asalto a la fortaleza luchaban con un valor y un entusiasmo que multiplicaba por seis el número de soldados que se lanzaron al ataque.

—¡Adelante! — gritaba Juana animando a sus soldados —. ¡Dios está con nosotros!

—¡Fuego!—ordenaba un capitán.

—¡Asaltad los muros!—ordenaba La Hire.

—¡Padre Pasquerel! Auxilia a este soldado nuestro que acaba de caer—suplicaba Juana, que lo mismo atendía el curso de la batalla que a los que caían heridos—. ¡Adelante en nombre de Dios!

Glasdale no salía de su asombro y también daba órdenes a sus soldados.

—¡La bruja, la hechicera!—gritaba para animar a los suyos.

Los arqueros disparaban sin cesar y todo su afán consistía en herir a Juana, porque bien claro se veía que su mágica voz hacía obedecer a los soldados. Finalmente una flecha tocó a la doncella y ésta cayó herida. Estuvo un buen rato descansando, no queriendo darse por vencida y cuando ya la batalla había cesado y entrado la noche, dijo:

—Padre Pasquerel, ¿ha caído la fortaleza de Tourelles? Oigo unas trompetas...

—No, Juana; estas trompetas son la señal para replegarnos.

Como si la hubiese tocado un rayo, Juana se puso en pie.

—¡Mi armadura!

—Criatura, estás herida.

—No lo creáis; ya estoy bien, no siento nada. ¡Hombres de Francia, no os entreguéis! ¡Valor, no retrocedáis!—gritaba Juana con todas sus fuerzas, que eran sobrehumanas, corriendo de un lado a otro para animar a sus hombres—. La Hire, Dunois, no retrocedáis, amigos, seguidme, adelante...

—No podemos hacer nada más, Juana—dijo Dunois—, hemos hecho cuanto era posible hoy y los hombres están exhaustos.

—¡También lo están los ingleses!—contestó la doncella.

—Nos hemos reunido en consejo—dijo Xantrailles—, y hemos decidido retroceder.

—Vosotros habéis celebrado vuestro consejo y yo he celebrado el mío... ¡y es seguro que el consejo del Señor es mucho más fuerte que el vuestro! No tenemos que hacer más que adelantar y la fortaleza es nuestra...

—Si ella quiere que ataquemos, atacaremos—dijo La Hire.

—Cuando mi estandarte toque los muros del castillo, la victoria será nuestra.

—¡Tocad las trompetas! ¡Redoblad los tambores! ¡Ataquen!—ordenó La Hire.

—¡Por la gloria de Francia! ¡Adelante! ¡Adelante!—gritaba Juana—. ¡Franceses, no retrocedáis! ¡La victoria es nuestra! ¡Dios nos acompaña!

—¡A los muros!—gritaba La Hire.

—¡A los muros!—repetía De Metz.

—¡Adelante! ¡Penetrad en el castillo! ¡Expulsadlos!—gritaba Juana animando a sus hombres y adelantando con ellos.

Ya estaba en el muro y andaba por el parapeto.

—¡Glasdale! Rendiros a mí—gritó Juana—si queréis salvar la vida.

—¡Jamás me rendiré a una bruja!—contestó el comandante de la fortaleza, que poco a poco iba cayendo en manos de los asaltantes.

—¡Me habéis insultado con las peores palabras—dijo Juana—, pero os tengo compasión, de vuestra alma y de las de vuestros soldados! ¡Rendiros al Rey del Cielo!

—¡Jamás! ¡A vos no, diablo del infierno!

—¡Oh, no, no!—dijo Juana.

—¡Iréis a quemar en el infierno!—dijo Glasdale.

—¡La muerte por fuego es algo terrible!—exclamó Juana.

El fuego había prendido en el puente levadizo desde donde Glasdale insultaba a Juana y pocos instantes después de haber apostrofrado a la doncella se hundió el puente y el orgulloso comandante de la fortaleza se perdió entre las llamas.

¡Tourelles había sido ganada!

LA VICTORIA

Sobre el campo de batalla yacían los cuerpos de los soldados que habían perecido en aquella cruenta batalla. Franceses e ingleses en terrible mezcla, unos sobre otros, en actitudes trágicas y grotescas, el terrible resultado de una batalla cruel.

Juana contemplaba aquel espectáculo con el corazón oprimido.

—¡La victoria también es triste!—exclamó.

—¡Jamás se ha visto una victoria tan hermosa!—exclamó La

Hire—. ¡Esta victoria es vuestra! ¡Venid, que todo el pueblo os espera y debemos desfilar con las tropas por toda la ciudad!

—No, no es posible, estoy agotada—dijo Juana.

—Juana—dijo Dunois—, vos inspirasteis fe en la ciudad de Orleans y en todo el pueblo de Francia, quieren veros. ¡Venid, doncella de Orleans!

Y Juana de Arco desfiló por las calles de Orleans entre vitores y gritos de entusiasmo por haber libertado la ciudad.

LA CORONACION DEL DELFIN

En el palacio de Borgoña se recibió una carta y el Duque la estaba leyendo sentado ante una mesa, en la que también se hallaba Juan de Luxembourg y Lord Bedford.

—Os la leeré, dice así: «Jesús María... Honorable príncipe y Duque de Borgoña: Yo, Juana, la doncella, os suplico tan humildemente como pueda, que pongáis fin a esta guerra entre nosotros mismos... Borgoña es una parte de Francia y no debería luchar al lado de los ingleses. Firmemos una paz justa y duradera, y para ratificar esta paz, os suplico que asistáis a la coronación de Carlos VII en la catedral de Reims. Venid a tomar el lugar que os corresponde en la coronación de vuestro real primo y que Dios os conserve siempre en buena amistad.

«Escrito en la citada ciudad de Reims el día quince de julio del año del Señor mil cuatrocientos veintinueve.»

—Habla bien de vos—dijo De Luxembourg.

—Muy halagadora. Me trata como si fuese su igual.

—No se puede negar que os ha estado quitando una ciudad tras otra y puedo agregar que venció a uno de mis mejores capitanes—exclamó Bedford.

—Por brujería, encantamiento—dijo Borgoña—. Nuestros

soldados ven su estandarte y huyen. Sus victorias se recordarán como algo vergonzoso... episodios de la Historia.

—Estoy de acuerdo con vos—repuso Bedford—, la poderosa Inglaterra y vos, el gran Duque de Borgoña, el príncipe más rico de la cristiandad, vencidos por una campesina.

El obispo de Beauvais se había unido a la reunión.

—Señor—dijo De Luxembourg—, si se me pidiera consejo, diría: Duque, antes de rechazar lo que os propone la doncella, de asistir a la coronación de vuestro querido primo, meditado un poco.

—No es este momento de bromear, De Luxembourg—dijo el obispo de Beauvais—, ni el tema se presta tampoco a bromas. El hecho persiste y mañana, en la catedral de Reims, la doncella de Orleans coronará al infeliz Delfín Rey de Francia. Ella ha obtenido la victoria y hasta el presente no ha cometido ningún error. Si toma la decisión de marchar sobre París, lo que seguramente hará, se perderá París... ¡París caerá!

—Se trata de un momento grave de la Historia para mí, para Borgoña—exclamó el Duque pesadoso.

—Y para Inglaterra...—dijo Bedford.

—Y también para la Iglesia—agregó el obispo—. Hemos tenido que luchar con muchos herejes, pero ninguno tan peligroso como esta doncella.

—¿La doncella es un hereje?—preguntó asombrado De Luxembourg. Tenía entendido que la Iglesia la había examinado, encontrándola buena, piadosa y pura.

—Si yo hubiese estado entre los jueces de Poitiers, puedo aseguraros que el veredicto habría sido distinto—dijo el obispo de Beauvais.

—Conde obispo, su odio por la doncella es justificado. Si me hubiese hecho evacuar mi castillo con una hora de tiempo, yo la llamaría algo peor, mucho peor que hereje—dijo De Luxembourg.

El obispo volvió la cabeza despreciativamente y miró a Bedford.

—Tal vez es una suerte que la doncella se encuentre donde se encuentra—observó Bedford.

—¿Suerte?—preguntó el Duque.

—Sí, porque se dispone a cometer el primer error de su carrera. Mañana coronará a Carlos, cuando la corona debería ponerla sobre su cabeza. Carlos es un imbécil, un villano. Se ha vendido a nosotros otras veces... Puede hacerlo otra vez.

—¿Le ofreceríais dinero?—preguntó el Duque.

—Yo no—contestó Bedford—, vos. Podíais una tregua.

—Por primera vez en cien años—exclamó De Luxembourg—, Francia es victoriosa. ¿en nombre de qué debe Carlos ofrecernos una tregua?

—Mostradle oro y lo tomará. Siempre lo ha hecho—dijo Bedford.

—Tremouille está con él como siempre—dijo el obispo—, y es capaz de venderle cualquier cosa.

—Tenéis razón, señor obispo—exclamó Bedford—, y como que se trata de nuestra única y última oportunidad, mandad un mensajero a Reims inmediatamente y haced una oferta muy elevada. Digámosle cien mil coronas... si nos concede esta tregua tenemos tiempo para fortificar París.

—Tenéis razón, duque de Bedford, la doncella ha cometido el primer error. La corona debió ser para su cabeza.

* * *

El obispo de Reims se encontraba con el Delfín para ensayar la ceremonia de la coronación. Un lacayo les ayudaba.

—Cuando llegue el momento real—dijo el obispo—, habrá un almohadón como éste y vuestra majestad se arrodillará, yo os bendeciré...

—¿Dónde estará el pueblo?

—¿El pueblo?

—Sí, mis queridos súbditos—aclaró el futuro rey.

—Estarán allí

—Entonces yo me arrodillaré de cara allí para que me vean y se acostumbren a mi semblante. Después de todo soy su rey... ¡Oh, De Tremouille, entrad, estamos ensayando la ceremonia de la coronación!

—¡Ah! Pero, ¿es a vos a quien coronan?—dijo De Tremouille.

—¿Qué intentáis decir?

—Nada, pero pasando por estas calles, llenas de gente, uno se lleva la impresión de que van a coronar a la doncella.

—¡Oh!—exclamó el Delfín—, esto es porque es una chica bonita y les gusta verla vestida de guerrero. Además, ha realizado cosas extraordinarias.

—¡Muy noble! ¡Muy real! Esto es lo que se dice en público, Carlos; pero, privadamente, es hora de que os dierais cuenta de que esta doncella es ambiciosa y sin escrúpulos... Si la guerra continúa y su partido militar continúa ganando, será ella y no vos, quien mandará en Francia, con corona o sin ella.

—Duque de Tremouille, si fueseis de cristal, no resultaría más fácil ver a través de vos—dijo el Delfín—. Esa doncella es la única persona de las que me rodean que no ambiciona fortuna ni poderío, incluyéndolos a vos. Todo cuanto ha hecho ha sido por mí y por Francia.

—Es muy inteligente... ya sabe que primero tiene que conquistaros a vos, y en cuanto a poderío, actualmente tiene más que vos y Borgoña juntos, todo el país está por ella.

—Bien, si queréis que sea así—dijo el Delfín—. ¿Qué es lo que deseáis, De Tremouille?

—Temo por vos, nada más.

—Y por vos mismo, con muchísima razón.

El obispo se acercó al Delfín.

—Si vuestra majestad quisiera ensayar una vez más, debería arrodillarse.

—Sí, sí.

—Señor—dijo De Tremouille—, siendo así, despacharé al mensajero.

—¿Mensajero? ¿Qué mensajero?

—El Duque de Borgoña ha mandado pedir una tregua.

—¿Una tregua? ¡Qué torpeza! ¿Cuánto pagarían por ella?

—Cincuenta mil coronas si dais orden de que pare el fuego.

—Y ¿cuánto os corresponde a vos?

—¡Yo! No tengo nada que ver con ello.

—Vuestra parte acostumbra a ser siempre la mitad, mi querido cocodrilo y veo que no habéis cambiado. Quiero también vuestra parte. Quiero cien mil coronas en mis propias manos... pero no estoy seguro de que las quiero.

—¿Qué debo contestar?

—Que aguarde... nosotros no tenemos prisa.

—Está bien, señor.

Los preparativos de la coronación estaban terminados. Las campanas de la catedral de Reims y las de todas las iglesias de la comarca fueron lanzadas al vuelo para anunciar que Carlos VII había sido al fin coronado rey de Francia.

Con manto de armiño y la corona, de pie ante el trono, recibió a Juana de Arco, vestida todavía de guerrero.

—¡Señor! Para llegar a este día es por lo que luchamos y me siento feliz como jamás se haya sentido un mortal, porque he podido presenciar la coronación de mi rey.

Los que allí estaban presentes, al ver a la doncella de Orleans empezaron a vitorearlo y gritaban con entusiasmo:

—¡Juana, la doncella! ¡Juana! ¡Juana!

Los oficiales aprovecharon aquel momento de entusiasmo y gritaron:

—¡Juana, a París! ¡A París!

El Delfín miraba asombrado aquel entusiasmo y, sin querer, resentía aquel entusiasmo del pueblo por la doncella. De Tremouille adivinó el pensamiento del nuevo rey.

—Me parece que recibiré al mensajero de Borgoña.

EN LA CORTE

Los días transcurrían felices para el nuevo rey de Francia, que ya había olvidado las penurias de Chinon, cuando sus tropas retrocedían constantemente. Se divertía y jugaba en los espléndidos jardines de su palacio con aquella inconsciencia que era su fatalidad. La presencia de De Trémouille vino a turbar aquella calma.

—¡Ya está aquí este buitre!—exclamó el rey en cuanto le vió aparecer—. Bien, De Trémouille, ¿a qué venis?, ¿a traermme miel o hiel?

—Majestad, este asunto es mucho más importante que el dinero.

—Este hombre está loco. Chartier, seguid jugando en mi lugar.

—¡Está aquí!

—¿Ha venido sola?

—No, ha venido con D'Alençon. Recordad, señor, que es importantísimo que cumpláis vuestra palabra.

—¿Y cuándo no la he cumplido?

—Ayer.

—Bien, aquello era ayer...

De Trémouille y el rey pasaron a un salón donde aguardaban Juana y el duque D'Alençon.

—¡Dios os guarde, amigos!—dijo el rey—. Juana de Arco, hemos solicitado vuestra presencia en palacio porque encontrá-bamos a faltar a persona tan importante.

—Mi noble rey—contestó Juana—, hace semanas que estamos aguardando en las puertas de París a que llegarais. Habríamos entrado, el momento de la victoria ha llegado y no es tarde todavía. Cumplid vuestra promesa, venid con nosotros y París será nuestro.

—Juana, no puedo complaceros y tendréis que variar estos planes. Acabo de negociar una tregua con Borgoña.

—¡Una tregua!—exclamó D'Alençon horrorizado—. ¡Esto es una locura!

—Ya se ha derramado bastante sangre—dijo De Tremouille.

—Sí, el reino está destrozado y necesitamos paz—dijo el rey.

—Señor—dijo Juana—, son nuestros enemigos quienes necesitan paz, vos no. Que regresen a su isla y tendrán toda la paz que quieran, nosotros sólo tenemos que avanzar y otra de sus fortalezas caerá en nuestras manos.

—Os digo que he decidido lo de la tregua—insistió el rey.

—¡Majestad, no podéis hacer esto!—dijo Juana—. Representaría que despreciabais todas las ventajas por las cuales hemos luchado y por las que se ha derramado tanta sangre.

—¡Su majestad ya ha firmado la tregua!—anunció De Tremouille.

—¿La ha firmado?—interrogó D'Alençon.

—¡Sí!—respondió el rey.

—Y nuestro rey nunca niega su palabra—agregó De Tremouille.

—Majestad—dijo gravemente el duque D'Alençon—, esto es una traición o una estupidez, o ambas cosas.

—Jamás dije que fuese un hombre sabio ni honrado, ni un hombre guapo. Sé que no valgo mucho para ser rey; pero mientras lo sea, lo seré. ¿Qué sabéis vos de cosas de Estado? ¿Qué sabéis de los compromisos a que deben someterse los jefes de Estado? Un gobernante debe comprometerse y negociar con las gentes más bajas... incluso con los enemigos. Es la corrupción lo que manda en los hombres... y les gusta.

—¿Qué quiere decir?—preguntó Juana a D'Alençon.

—¡Que nos ha traicionado!

—¡No es posible! ¡Majestad! ¿Habéis aceptado dinero de nuestros enemigos?

—¡A un rey no se le hacen estas preguntas!

—Entonces lo habéis hecho, nos habéis traicionado a todos, a vuestra patria, al pueblo, a vos mismo. ¡Yo seré quien diga al

pueblo de Francia lo que habéis hecho!—dijo Juana desesperada—. ¡Odio la guerra, no me gustan los combates, y cada vez que veo derramar la sangre francesa siento que se encrespa el pelo en mi cabeza. Con toda mi alma ruego que venga la paz.

—¡Ya estamos en paz!—dijo De Tremouille.

—¡No tendremos paz hasta que nuestra patria esté libre!

—Soy yo quien decide cuándo hemos de guerrear o estar en paz—dijo el rey.

—Os advierto—dijo d'Alençon—, firmad todas las treguas que queráis, pero nosotros marchamos sobre París, con vuestra autorización o sin ella.

—No, mi querido primo; no lo haréis, porque voy a licenciar el ejército. Estoy harto de tantos guerreros. D'Alençon, La Hire, Dunois, todos vosotros, abandonad vuestras armas, se os manda a casa y todas las órdenes emanan de mí.

—Si mis capitanes me dejan, yo también me iré—dijo Juana.

—¿Vuestros capitanes? ¡Mis capitanes!—exclamó el rey—. Y vos también haréis lo que se os manda, no lo que queráis. ¡Oh, sí! Juana, hemos decidido daros un título de nobleza y vuestra villa de Domremy estará exenta de tributos, pero vos debéis permanecer en la corte hasta que os demos permiso para marcharos. Ahora venid con nosotros.

El duque d'Alençon y Juana siguieron al rey que se dirigió al jardín, donde había nobles y damas jugando al croquet. La doncella observaba con tristeza todo aquello sin acabar de comprender la inesperada actitud de aquel rey por el cual ella había expuesto su vida y llevado victorioso hasta el trono.

* * *

Los capitanes, que junto con Juana habían dirigido la guerra con una victoria tras otra, estaban reunidos en su tienda de campaña aguardando el regreso de Juana y el duque. Al fin regresaron.

—Es inconcebible—exclamó Dunois, cuando le hubieron explicado lo ocurrido en palacio—, Francia está un siglo sufriendo

derrotas y cuando empezamos a ganar, pues hemos ganado todas las batallas últimamente, y cuando estamos a punto de terminar la guerra, se nos da orden de dispersarnos, de retirarnos de un enemigo que marcha a la deriva. ¿Por qué ha ocurrido esto? ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Carlos no puede resistir la simpatía que el pueblo siente por la doncella—explicó D'Alençon—, teme que la quieran más que a él.

—Pues para mí este rey ya ha terminado—exclamó La Hire—. Venid a Normandía conmigo, allí podremos continuar guerreando.

—Nuestro rey ha ordenado que os marcharais a casa—dijo Juana.

—Mi casa está en el parapeto, luchando.

—Sí... y vos, Juana, ¿adónde iréis?—preguntó Dunois.

—El rey ha ordenado que no me mueva de la corte.

—Entonces seréis su prisionera, para que no emprendáis la guerra contra sus enemigos y le privéis de cobrar prebendas—dijo La Hire.

—Juana, dijiste al rey que diriais al pueblo qué clase de monarca es—dijo D'Alençon.

—Para cumplir con vos misma y con los que os hemos seguido—dijo La Hire—, no podéis permanecer a su lado.

—¿Qué debería hacer, hablar contra él y dejarlo?—preguntó la doncella.

—Si habláis contra él, seguirá siendo rey; si le abandonáis, seguirá siendo rey, y, ¿qué tendrá entonces Francia? Un gobierno de corrupción, sin fe, sin un ángel; mientras que si vos permanecéis a su lado, alguna vez tendrá que pensar en su pueblo, en Francia y no en sí mismo.

—¿Estará bien que me quede?—interrogó Juana.

—Vos le pusisteis en el trono por la voluntad de Dios—dijo Dunois, y todo gobierno está formado por gentes que van a lo suyo, Juana, y es una suerte que en Francia exista alguien que, como vos, pueda influir en algo a estos gobernantes.

—Estaré en la corte hasta que termine la tregua—dijo Juana, resuelta.

—Tal vez esta tregua no terminará jamás—observó el duque D'Alençon.

—Pues entonces, ofreceré mi blanca armadura al Señor y jamás conduciré los ejércitos del rey.

—¡No os desaniméis, Juana—dijo Dunois.

—Si alguna cosa tuviera que desanimarme sería el tenerme que despedir de vosotros tres.

—Esto no puede terminar aquí—agregó Dunois—. ¡Volveremos a encontrarnos!

La Hire, que había permanecido sentado, se levantó y fué junto a la doncella.

—Jamás fui un hombre de muchas palabras, Juana, a no ser que fuese para jurar, y ahora no sé qué deciros.

—¡Adiós, buen amigo y gran soldado! ¿Habéis rezado esta mañana?

—Temo que me he olvidado de hacerlo.

—Pues conviene acordarse de ello.

El duque D'Alençon, que había estado escuchando las despedidas de Juana y los capitanes, se acercó a ella y puso la rodilla en tierra.

—Juana, dejadme arrodillar ante vos por una sola vez. Para mí sois mucho más que un rey o una reina. Para mí... sois Francia y Francia es vuestra. La levantasteis cuando agonizaba y pusisteis el cáliz de la victoria en sus labios... Todos hemos bebido de aquella copa; somos una nueva nación, somos hombres nuevos, aunque muchos han muerto, que es lo que yo ahora desearía ser, al ver lo que ha ocurrido.

Sin poder proferir palabra, Juana cogió la mano derecha del duque con la suya y le obligó a levantarse. Sin volver la vista atrás, el duque montó su caballo, que estaba ante la tienda de campaña, y desapareció.

Unas horas más tarde Juana penetraba en la iglesia con su armadura en las manos e iba a depositarla ante el altar. Se arrodilló y tomando su espada con ambas manos, dijo:

—Rey del cielo, he venido aquí para cumplir un voto. La tregua con Borgoña ha sido firmada, estamos en paz y jamás

volveré a vestir esta blanca armadura. La deposito aquí, ante Vuestro altar. Estamos en paz, mi Rey; pero no es la paz que soñamos... No; es horrible, un mal armisticio que deja gran parte de la lucha pendiente y con nuestros enemigos preparándose para vengarse, mientras nosotros vamos de villa en villa celebrando festejos y licenciando soldados. He obedecido al rey y tengo que cumplir. Señor, que es amarga esta victoria... Preferiría volver a dormir sobre el duro suelo y comer un puñado de alubias para despertar ante una fila de lanzas inglesas. Ahora perderemos todo lo que habíamos ganado. Me doy cuenta de ello porque mis voces no me han dicho nada. ¡Oh si tan sólo mis voces volvieran a hablarme! ¡Si me dijeran lo que he de hacer! Entonces podría descansar durante la noche y esperar vuestra señal. Una vez más pregunto: ¿he de permanecer en la corte con el rey, ocupada en esos quehaceres que llenan sus días? Si mis voces no me contestan, no podré permanecer aquí. Tendré que armar-me de nuevo y buscar al ejército para luchar como antes. ¡Que me hablen mis voces, si esto está mal! ¡Dejadlas que me hablen! ¿He cometido alguna falta imperdonable? La contestación no llega. Entonces tengo que ir a luchar contra el enemigo, Rey del Cielo, tengo que buscar otra armadura, no ésta resplandeciente, en la que recorrí los campos de batalla como enviada Vuestra, sino otra más oscura, humilde, propia de un soldado. Hace mucho tiempo que las voces me dijeron que me harían prisionera... cuando esto ocurra, al menos, tendré armas en las manos. Creo que tengo valor para morir, pero no para morir así, poco a poco...

¡PRISIONERA!

El centinela estaba de guardia en el parapeto, y al oír que se acercaba alguien, gritó:

—¡Abran paso!

La gente que andaba por los alrededores de la fortaleza se

dieron cuenta de que ocurría algo extraordinario y lo confirmaron al oír que el guardia voceaba:

—Llamad al jefe! ¡Traen a la bruja! ¡Han capturado a la bruja!

Así era en realidad. Custodiada por dos soldados, apareció Juana montada a caballo con ambas manos atadas en la espalda.

Se agrupó mucha gente y los niños exclamaban: ¡Es la bruja! ¡La bruja!

El duque de Luxembourg se presentó a la puerta de la fortaleza, seguido de otros nobles.

—¿Sois vos la doncella? ¿La campesina que conducía ejércitos, corona reyes y hace temblar a los soldados? Como francés, os admiro. Hijo de Borgoña. ¿sois el afortunado que la ha capturado a las puertas de Compiègne?

—Sí, señor; la ciudad le cerró las puertas en su misma cara y la sorprendimos a ella y a los pocos que la seguían. Tuvimos cuidado de no hierla.

—Hicisteis bien, capitán. Nosotros nos ocuparemos de su salud. Estaréis en buenas manos, Juana.

—Me han quitado la sortija, y quiero que me la devuelvan—dijo la prisionera.

Un poco más tarde, encontrándose ya De Luxembourg en su castillo, le anunciaron la visita del obispo de Beauvais.

—Bienvenido, señor obispo.

—Bien hallado, duque.

—¿Puedo ofreceros un vaso de vino?... el vino siempre sienta bien cuando se ha de tratar algún negocio.

—Me he enterado, duque, de que tenéis cautiva a la doncella de Orleans.

—Y os interesaría que la entregara a los de Borgoña; ¿es a esto a lo que habéis venido?

—Recuerdo esta habitación—dijo el obispo—en circunstancias menos favorables que ahora.

—Sí, cuando la doncella os hizo abandonar vuestro palacio.

—¿Qué precio ponéis para entregarnos la doncella?

—Cinco mil libras son pocas—dijo el duque.

—Menos se ha pagado por un rey.

—La doncella es distinta a un rey, es más costosa porque es una bruja y las brujas se venden caras...

—Tendréis que decidirlo, duque; cinco mil libras, ¿sí o no?

—¿No podéis subir más?

—Si fuerais un buen cristiano, la entregaríais por nada. Es una bruja, una hereje, una idólatra...

—Señor obispo, si la cuestión de esta doncella es puramente religiosa, ¿por qué nos ofrecéis oro inglés?

—Andamos de acuerdo con Inglaterra en creer que a esta bruja conviene tenerla vigilada.

—Esta doncella es la única persona que no ambiciona nada para sí... y francamente, me da vergüenza venderla... sí, aunque sea por diez mil libras.

—Bien; habéis dicho diez mil libras, ¿Aceptáis este precio?

—Sí; pero quiero contar el dinero—dijo resuelto De Luxembourg.

EL FALSO RESCATE

En uno de los salones del palacio que habitaba De Luxembourg se encontraba Juana con la condesa, y ésta bordaba. La doncella también se ocupaba en una labor.

—Hiláis y coséis muy bien—dijo la condesa—. He recibido unas telas preciosas de Bruselas, ¿por qué no me permitís que os haga un vestido?

—Señora, no necesito ningún vestido. Mientras siga ataviada así, tal como fui a la guerra, todo el mundo sabrá que sostengo lo que hice; no, no quiero cambiar de ropa.

Una camarera se presentó en el umbral.

—¿Qué ocurre, Margarita?—preguntó la condesa.

—El señor desea que baje la doncella, señora.

—¿Dónde está el señor?

—En la sala de armas contando dinero, una montaña de monedas...

Juana no pudo contener una exclamación de alegría:

—¡Mi rey! ¡Ha mandado dinero para pagar mi rescate—y al decir esto se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Allí fuera aguardaban dos centinelas ingleses, y colocándose uno a cada lado de la doncella, la custodiaron hasta llegar a presencia de De Luxembourg y del obispo de Beauvais.

La sala de armas estaba ocupada por guardias ingleses que presenciaban el recuento de las monedas que se habían pagado a De Luxembourg para apoderarse de la doncella. Una mirada a todo aquello fué suficiente para que Juana se diera cuenta de que acababa de caer prisionera de los ingleses.

—¡No es mi rey quien me ha llamado! ¡Son los ingleses!—y se detuvo en mitad de la sala.

—Podéis llevárosla—dijo De Luxembourg sin levantar la vista, que pretendía tener ocupada contando el dinero.

Dos guardias se adelantaron y colocándose uno a cada lado de la joven, salieron de la estancia seguidos por el obispo de Beauvais.

Al día siguiente en Ruán se celebraba una farsa de juicio para buscar en Juana una delincuencia que jamás había existido. Se hallaban presentes el obispo de Beauvais, Tomás de la Courcelle, el conde de Warwick y el padre Massieu.

—Agradezco a todos los que han comparecido—empezó diciendo el obispo de Beauvais—en esta ciudad de Ruán para asistir en el juicio que va a empezar en breve... Confío en que todos me ayudarán, pues éste es nuestro más ferviente deseo, que este juicio sea justo, sin coacciones y con toda imparcialidad, tanto más cuanto éste es también el deseo de nuestro rey, su soberana majestad Enrique VI, rey de Francia e Inglaterra, representado en esta ocasión por el conde de Warwick.

Dejó de hablar el obispo y tomó la palabra el señor De la Courcelles.

—Señores, de acuerdo con las órdenes que he recibido, como fiscal en este juicio, he pedido la comparecencia de la mujer co-

nocida por Juana la doncella, en esta misma mañana, para que responda a las acusaciones que existen contra ella. Padre Massieu, ¿tendrá la bondad de traer a la acusada?

—Señor, la llamada Juana ha hecho dos peticiones que espera le serán concedidas. Primera: que se le permita oír misa antes de presentarse; segunda: que asistan al juicio sacerdotes franceses además de los ingleses.

—Padre Massieu—interrumpió el obispo—, estas peticiones ya se habían hecho, y después de consultadas las leyes y eminentes autoridades, en vista de los crímenes de que se le acusa, además de lo poco decente de su traje, no podemos concederle permiso para que acuda a misa. Aparte de esto, salvo por el señor William Haighton, que es inglés, todos los jueces son franceses y buenos franceses... ¡Traigan a la acusada!

Entró Juana en la sala donde se encontraba el tribunal que debía juzgarla. Vestía igual que hubiese vestido un muchacho de su edad. Todos los allí presentes fijaron en ella miradas hostiles.

—Podéis sentaros, Juana—le dijo el padre Massieu en voz baja.

—Gracias, padre; pero de momento permaneceré en pie.

El señor De la Courcelles tenía un documento en la mano, pero antes habló el obispo de Beauvais.

—Actuando por los comentarios que han circulado y que son bien conocidos de todos aparte de diferentes informaciones que hemos podido obtener, hemos reclamado la presencia de una persona sospechosa de herejía y brujería. ¿Juráis responder con la verdad a todas las preguntas que se os haga?

sona sospechosa de herejía y brujería. ¿Juráis responder la verdad a todas las preguntas que se os hagan?

—Señor, no sé cuáles puedan ser vuestras preguntas—respondió Juana—. Tal vez me preguntéis cosas que no pueda contestar.

—¡Quemadla de una vez y acabad con todo esto!—gritó una voz del público.

—Os puedo hablar de mi padre y de mi madre, de lo que

he hecho desde que salí de mi casa y de la parte que he tomado en la guerra... pero de ciertas revelaciones que he tenido y que han venido del Señor, de esto no hablaré a nadie, sólo a Carlos, mi rey.

—¿Por qué tuvo que haceros revelaciones el Señor?—preguntó D'Estivet.

—El Señor hace revelaciones a quien le place—contestó Juana.

—¿Juráis hablar la verdad sobre cuestiones de fe?—preguntó el obispo de Beauvais.

—Juro decir la verdad en todas las preguntas que se me hagan respecto a la fe.

—¿Cómo os llamáis?—preguntó el obispo.

—Mi nombre es Juana y en casa me llamaban Jeannotte.

—¿Cuántos años tenéis?

—Creo que tengo diecinueve.

—Habéis dicho que Dios os había hecho revelaciones. ¿Podéis decirnos cuándo tuvo esto lugar?

—Tendría yo unos trece años, estaba en el jardín de mi padre y me pareció oír una voz. Era por la tarde, en verano. La voz venía del lado de la iglesia, y me habló en medio de un gran resplandor. Al primer momento me asusté...

—¿Qué dijo aquella voz?

—Al principio sólo habló de cosas sencillas, diciéndome cómo había de vivir; pero luego me dijo: «¡Has de ir a Orleans, a levantar el sitio! ¡Has de hacer coronar al Delfín en Reims y expulsar a los ingleses de tu patria!»

—¡A quemarla! ¡Echarla al fuego!—gritó uno del público.

—¿Contestasteis a esa voz?—preguntó el obispo.

—Sí; dije que yo no era más que una pobre campesina, que no sabía nada de cortes ni de guerras; pero la voz insistió diciendo: «Has de ir, criatura de Dios, hija de Francia; debes ir».

—¿Esta voz que os hablaba, de quién era?

—Yo creía que era de un ángel; pero luego comprendí que era la de San Miguel.

—¡San Miguel!—gritaron los del público.

—Alguna vez también se me apareció Santa Catalina y Santa Margarita.

—¿Solamente hablaron con vos?—preguntó D'Estivet.

—Sí, les vi tan claramente como os veo a vosotros.

—¿Vió el rey a esos santos?—interrogó el obispo.

—Pasemos esto por alto, porque no forma parte de este juicio—dijo Juana.

El público se impacientaba con tanto interrogatorio y parecían tener prisa para ver quemar a la dulce Juana en la plaza; pero los que la estaban juzgando comprendían que tampoco se podía obrar con demasiada precipitación. Continuaron las preguntas.

—¿Odia Dios a los ingleses?—preguntó el obispo.

—Del amor u odio de Dios hacia los ingleses no sé nada. Yo sólo sé que los ingleses serán expulsados del suelo francés, excepto aquellos que han muerto y cuyos cuerpos yacen bajo tierra; que Dios concederá una gran victoria a mi rey, y Carlos VII será rey de toda Francia.

—¡Jamás! ¡Jamás!—gritó el público que escuchaba.

—¿Creéis que estáis en estado de gracia?—preguntó De la Courcelles.

—Si no lo estoy, que Dios me lo conceda, y si lo estoy, que me conserve así—contestó la doncella.

—Bien dicho, Juana—dijo el padre Massieu.

El obispo miró al sacerdote y exclamó:

—Padre Massieu, sobran vuestros comentarios.

—¿Quién os aconsejó que os vistierais de hombre?—preguntó D'Estivet.

—De esto nadie tiene la culpa más que yo. Hablando vivido entre soldados, creí que era mejor; pero si me dais ropas de mujer me las pondré con tal que me permitáis oír misa, sin esta condición, seguiré vistiendo así. Todo cuanto he hecho ha sido por orden del Señor.

—¿Cómo sabéis que esas voces venían de Dios?—insistió D'Estivet.

—Señores, he contestado todas estas preguntas en Poitiers, mi rey encargó al obispo de Reims y a otros sabios sacerdotes

que me examinaran antes de salir al frente de sus ejércitos. Mandad a Poitiers por las escrituras y allí encontraréis mis respuestas.

—Los exámenes realizados en Poitiers por el arzobispo de Reims carecen de valor. Ahora nosotros somos vuestros jueces y debéis contestarnos—dijo el obispo de Beauvais.

—Vosotros no podéis ser mis jueces porque sois mis enemigos mortales; todos vosotros, ingleses y gentes de Borgoña, tampoco representáis a la Iglesia, no sois más que los servidores de un rey enemigo a cuyas órdenes os encontráis—exclamó Juana, fuera de sí.

Este alegato de la doncella pronunciado con la pasión inspirada por tanta injusticia, no pudo menos que exasperar a todos los que la estaban juzgando y el público también se alborotó; pero Juana no perdía la calma y continuó hablando:

—¿Si es la Iglesia quien me juzga, por qué no estoy en una cárcel de la Iglesia, atendida por mujeres? Me encuentro prisionera en una prisión inglesa, custodiada por guardias ingleses, sujeta con cadenas en mi camastro, y por cualquier necesidad que tenga que moverme, he de pedir a uno de esos guardianes que venga a quitarme las cadenas.

—Nosotros, vuestros jueces, os tenemos así sujeta porque intentasteis escaparos—dijo el obispo.

—¿No es uno de los derechos de todos los prisioneros de guerra, intentar escaparse? Decís que sois mis jueces, yo no sé si lo sois; pero si he de advertiros que pongáis mucho cuidado en no juzgarme mal, porque a mí me ha enviado Dios y os colocáis en gran peligro.

—¡Basta!—dijo el obispo—. Que se la lleven a la celda.

Se retiró Juana de la sala y el conde de Warwick se dirigió al obispo:

—¡Vaya un juicio imparcial!—exclamó, indignado—. Esta muchacha es demasiado inteligente, os ha puesto en ridículo ante el pueblo y además os ha amenazado.

—¿Os aseguro, conde de Warwick, que esto no volverá a ocurrir—contestó el obispo.

—Yo os lo aseguro, porque no se celebrará otra sesión pú-

blica. Las sesiones serán secretas y sólo se obedecerán mis órdenes.

El señor D'Houpeville se acercó al obispo:

—No creo que hayamos estado acertados al negar a la doncella el recurrir a sus declaraciones de Poitiers. Desde el momento que durante la guerra no estábamos de su parte, nuestro juicio no puede ser imparcial.

—¡Silencio, D'Houpeville!—ordenó el obispo.

—Este procedimiento es contrario a la ley, y yo no puedo tomar parte en él—repuso D'Houpeville.

—¡Está bien, podéis marcharos, y todos los que sean de la misma opinión que el señor D'Houpeville, pueden también marcharse; pero recuerden, señores, que si nos abandonan ahora, se irán con la enemistad del rey de Inglaterra... del rey de Francia y de Inglaterra.

—Lo que lamento—agregó D'Houpeville—, es dejar a esta doncella a vuestra merced, o tal vez a vuestra falta de merced; pero mi conciencia no me permite tomar parte en lo que no es más que una vergonzosa farsa.

Se marchó D'Houpeville para reunirse con los demás miembros que tomaban parte en aquel simulacro de juicio, y el obispo marchó hacia otra dirección y habló con un soldado.

Cuando D'Houpeville cruzaba uno de los corredores, se le acercó un centinela.

—Señor, debéis venir con nosotros.

—¿Yo? ¿A qué?

—Estáis bajo arresto.

LA VERDADERA VICTORIA

El padre Massieu y otros sacerdotes que creían en la absoluta inocencia de Juana, le aconsejaron que recurriera a Roma y que fuese el Papa quien la juzgara, puesto que el pretexto para deshacerse de la que había conducido las tropas del Delfín a la vic-

toría, consistía en juzgarla por hereje, ya que políticamente no había causa alguna. Fue inútil su petición, contestándole el obispo de Beauvais que los que había allí bastaban para fallar este juicio. Diariamente se sometió a Juana a los más crueles interrogatorios para ver si lograban hacerla vacilar y negarse a sí misma y sus anteriores declaraciones.

En una de las últimas sesiones, el obispo de Beauvais le dijo:

—Juana, nosotros hubiésemos querido evitaros todo esto, pero vuestra testarudez, vuestra actitud de rebeldía no nos han dejado otra alternativa; si persistís en vuestra herejía, no tendremos más remedio que someteros a tortura...

—Aunque despedacéis mi cuerpo, separéis el alma de mi cuerpo, no negaré que he oído esas voces... y en el caso de hacerlo, después diría que me habíais obligado a hacerlo a pura fuerza. He pedido a mis voces si sería quemada viva y me han dicho que confiara en Dios. —Pronunciadas estas palabras, Juana cayó desmayada a los pies de sus jueces.

Retiraron a la doncella, y el obispo dijo al conde de Warwick:

—Mañana por la mañana, en el cementerio de Saint Ouen, celebraremos la última sesión, y si Juana se niega todavía a obedecernos, la entregaremos a las autoridades civiles para...

—Yo ordenaré al verdugo que esté dispuesto—dijo el conde de Warwick.

Tal como había anunciado el obispo de Beauvais, al día siguiente, en el cementerio de Saint Ouen, se había congregado una multitud ansiosa de ver lo que creían sería la ejecución de Juana; pero no era así, todavía tenía que sufrir más. Juana llegó allí con sus centinelas y la subieron a una plataforma desde donde podía verla todo el pueblo. Un hombre habló:

—Esta es Juana, esta mujer que tenéis ante vosotros, la que ha ido de error en error, de crimen en crimen... Jamás Francia había visto otro monstruo semejante. ¡Es una bruja! ¡Una hereje! ¡Una cismática! Como lo es también su rey...

—¡A quemarla! ¡A quemarla!—gritaba furiosa la multitud.

—La hemos traído a este sagrado lugar, el viejo cementerio, para ofrecerle una oportunidad de salvación en público. ¿Queréis

o no queréis abjurar de todos los actos a que os condujeron esas voces y por los que nosotros, vuestros jueces, nos hemos visto obligados a condenaros?

—Sólo me someteré a Dios y al Santo Padre de Roma—contestó Juana con su maravillosa calma y serenidad.

—Debes someterte a nosotros o morir...

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, una sombría procesión se dirigía a la celda de Juana: iban a administrarle los últimos Sacramentos.

—No comprendo cómo, tratándose de una hereje, le administran los Sacramentos—dijo un sacerdote.

—El señor obispo dijo que se concediera a la doncella todo lo que pidiera.

El padre Massieu acompañaba a Juana en este momento decisivo y trágico de su corta vida.

—No estaré mucho para morir, ¿verdad, padre? Sentiré algo de dolor y luego terminará; pero no será poco el dolor, será mucho, pero acabará. Ahora lo veo todo tan claro, la gran victoria y el martirio de que me hablaban las voces... y de que al fin lograría escapar; era esto, mi muerte.

Llegó la hora trágica en que sacaron a Juana para llevarla a la plaza donde ya estaban amontonando leña para la hoguera en que debían quemarla viva. Vestía una túnica de arpillera y un gorro de papel sobre el que habían escrito: «Bruja, hechicera, idólatra, apóstata».

El verdugo la sujetó con cadenas al poste y empezó a amontonar la leña.

—¿No podría tener un crucifijo en mis manos?—preguntó Juana.

Un soldado formó una cruz con dos leños y se adelantó para entregársela.

—¡Que Dios os bendiga!—dijo Juana, tomándola en sus manos y besándola.

El conde de Warwick ya estaba impaciente, y le molestaba la lectura y discursos que continuaba haciendo el obispo de Beau-

vaís, que así lo creía necesario para revestir la ejecución de toda forma legal.

En cuanto el obispo hubo terminado sus parlamentos, el conde de Warwick ordenó al verdugo que cumpliera su obligación.

Con mano temblorosa el verdugo encendió una antorcha y con ella prendió fuego a la leña. Una columna de humo cubrió como un manto el cuerpo de Juana y todos sus crueles jueces se levantaron para marcharse.

—¡Cobardes!—gritó una mujer—. ¡Estáis avergonzados!

—¡Hombres caldos en el error! ¡Traidores a vuestra patria y a vosotros mismos!—dijo el padre Massieu. El verdugo ha encendido la leña y su espíritu ha volado hacia el cielo... jamás llegará el final de lo que se ha hecho en este día. Las victorias que ganó Juana en la guerra pronto se habrían olvidado; pero ahora la habéis convertido en un símbolo, sus palabras, sus cenizas se esparcirán por toda la tierra y echarán raíces en el desierto, en todas partes.

—¡Señor!—exclamó el verdugo—, me he condenado para siempre, ¡perdonadme! ¡He quemado a una santa!

—¡Hija de Dios, hija de Francia!—exclamó el padre Massieu, mirando a Juana para alentarla.

—¡Dulce Señor, siempre habéis estado conmigo, estad conmigo ahora, a través de esta obscuridad! ¡Nunca hice daño a nadie! ¡Que nadie sufra por mí!

—¡Asistida, Señor! ¡Santos del cielo, salid a su encuentro! ¡Recibid su alma y ofrecedla al Altísimo! ¡Que Nuestro Señor, que os ha llamado, os reciba y que los ángeles os conduzcan al paraíso!

—¡Jesús! ¡Jesús!—fueron las últimas palabras de Juana de Arco, la doncella de Orleans.

FIN



